–Mucho gusto –dijo Alfredo–, me contaron que tenías un negocio en Brasil.

–Un negocio no –repuso el joven–. Tengo un tallercito. Arreglo estufas y también...

Se interrumpió al ver que la muchacha empezaba a reírse al tiempo que Alfredo la miraba sorprendido. Ernesto quedó perplejo, pero su novia lo tomó del brazo.

–Ya tenemos que irnos –dijo volviéndose hacia Alfredo–. Como vos dijiste, no nos vamos a volver a ver. Así que adiós, y mucha suerte.

Los vio alejarse de espaldas al sol, sin conversar, sin tocarse.

–¡Cecilia! –gritó llevado por un impulso. Y corriendo hasta ellos le preguntó–: Es mentira, ¿no? Todo es un invento tuyo, ¿no es verdad?

Ella sonrió por última vez.

–Capaz –dijo.

Se quedó allí en esa esquina a dos cuadras de la frontera, en tanto ellos se perdían de vista por una callejuela junto al río. Los envidió un poco. Pensó en su juventud y en la amargura de la adultez, y se preguntó si serían felices. Sí, se contestó, si es que eso que se llama felicidad existe en algún lado, y si no, él prefería no enterarse.

Montevideo, abril de 1993.

EL VIGILANTE

Miró el reloj. Medianoche en tres minutos. A medianoche debía hacer su recorrida; así lo había dispuesto él mismo esa tarde, al llegar. Faltaban, pues, tres minutos, y por tanto esperó, con la mirada fija en la calle de balastro, separada de su caseta por la alambrada y dos metros de banquina. Enfrente, cruzando la calle, los pinos formaban un muro oscuro y susurrante bajo el viento del otoño. Detrás estaba la fábrica, sus gatos y sus ratas, juntos en la soledad. No había casas en las cercanías, ni tampoco en las dos manzanas que la rodeaban y, cuando salía la luna, parecía el espectro gris de una civilización perdida, dejado como testimonio de una existencia pasada. Pero esa noche no había luna, apenas pálidas estrellas. Medianoche, ahora sí. El vigilante metió el revólver en la funda, tomó la linterna y salió a hacer la recorrida, acompañado por los saludos de una lechuza.

Lo que tenía que vigilar era el entorno del enorme galpón que ahora yacía muerto en la oscuridad. Hasta no mucho tiempo antes era la caparazón de un hormiguero de hombres que trabajaban veinticuatro horas al día, sudando vapores pestilentes y respirando entre un murmullo infernal de máquinas y golpes de hierros. Ahora, apagado y mustio, le crecían los arbustos por dentro, y de la anterior actividad no quedaban más que los esqueletos de las maquinarias arrojadas a la buena de Dios, aquí y allá, en los alrededores. Eran esos fantasmas herrumbrados los que él cuidaba, y los únicos con los que conversaba. Los conocía de memoria, sabía sus perfiles negros, los llamaba por sus nombres antes de alumbrarlos con la inútil

linterna, como las ánimas en pena cuando buscan sus cuerpos en el cementerio. El vigilante igual hubiera podido caminar sin luz, pues conocía cada trozo de ladrillo que se desprendía de las paredes, pero la costumbre podía más, y de tanto en tanto lanzaba el haz hacia los pinos, jugando con sus sombras.

Un maullido penetrante y doloroso lo detuvo. Allí no llegaban las luces de los focos de neón de la entrada del predio. Otro maullido, luego dos o tres más. Apuntó la linterna y a su luz se encendieron los ojos de los gatos en celo, crispados y tiesos en la explanada del galpón, tensos como flechas en un arco.

El vigilante, disgustado, tomó un pedazo de ladrillo y se los arrojó, observando cómo el cascote picaba limpiamente entre los animales y golpeaba unos metros más allá en unas chapas viejas. Pero los animales ni se inmutaron y continuaron su desparejo coro de alaridos.

Continuó la recorrida sin complicaciones. En la calle no se veía un alma. Hacía frío.

Al volver, escuchó de nuevo los desgarrados llamados de los tres gatos que aún permanecían en sus lugares.

– ¡Cállense! –les ordenó.

Probó ahuyentarlos golpeando el hormigón con las suelas de sus botas con puntera, después chistando, golpeando el suelo con un palo que encontró por allí tirado. Fue inútil. Se acercó a un metro y golpeó el piso frente a uno de los gatos. Era un gato despellejado y viejo, extrañamente revivido por el calor del celo hasta el punto de no percibir los golpes que caían a su lado. Volvió a golpear. El animal pareció asustarse y se calló.

–Así vas a aprender –dijo él.

Por toda respuesta, el animal lanzó un largo y lúgubre maullido.

El vigilante contempló un momento el cuerpo tensado y dolorido, y algo así como una profunda irritación subió a su

pecho. Miró con odio los músculos contraídos, las patas tiesas sobre el hormigón, el anca derecha endurecida en el espasmo de la naturaleza, y retrocediendo dos pasos midió la distancia. La puntera de su bota brillaba en la oscuridad. Un solo movimiento le bastó. Calzó la feroz patada en mitad del anca. El gato voló por el aire y se estrelló contra la pared crujiendo como un madero astillado. Cayó exánime en el piso. Los maullidos cesaron por completo.

Al volverse, los otros gatos habían desaparecido.

–Así van a aprender –dijo.

De pronto tranquilo y extrañamente feliz, regresó a su caseta. Antes de dejar el revólver en la mesita se cercioró de que nadie hubiese saltado la cerca durante su ausencia. No se escuchaba ruido alguno. Se sentó, encendió la luz, llenó una caldera con agua y la puso sobre el calentador. Llenó de yerba el mate y, tras cebarlo, abrió un paquete que traía en el bolso y extrajo tres empanadas. Una vez que tuvo todo dispuesto volvió a apagar la luz. Se quedó tomando mate, con la mirada fija en la calle de balastro.

A la una menos veinte los faroles de un automóvil iluminaron los pinos. El vigilante dejó el mate, tomó una libreta y una lapicera y se dispuso a anotar el número de la matrícula. En esa libreta tenía ciento setenta y dos anotaciones: matrícula, tipo de vehículo y hora a la que había pasado por ahí. Si podía, anotaba también otras cosas, como ser el número de ocupantes y si eran hombres o mujeres o ambos. Pero la oscuridad que generalmente reinaba y la velocidad con que pasaban por ese descampado impedían registrar la mayoría de los detalles. Así y todo, ciento setenta y dos anotaciones no era una mala cifra: la mayoría de las noches apenas cruzaba algún auto cuyo conductor se había extraviado o alguna moto que buscaba un atajo.

Ya las luces del coche iluminaban la caseta al acercarse.

Se recostó al marco para que no lo vieran. Le sorprendió la lentitud con que se desplazaba el auto, un Chevette blanco con un solo ocupante. Parecía buscar algo, tal vez la salida hacia la carretera, tal vez alguien a quien preguntárselo, pero era extraño. Anotó la matrícula. Al pasar frente a la fábrica aceleró un poco y finalmente se detuvo unos cincuenta metros más adelante. Allí ya no había nada que no fuera pasto y árboles.

El automóvil apagó las luces y todo quedó negro.

El vigilante salió de su caseta y se dirigió al extremo de la verja para ver mejor, pero por más que aguzó la vista no tuvo resultados. No se veía nada. Se puso, pues, a escuchar. Sólo los ladridos de perros lejanos y los maullidos de los gatos del galpón. Sólo los silbidos de las lechuzas y el viento que agitaba los árboles. Sin embargo, en algún momento, le pareció escuchar un rumor de hojarasca pisada.

Un rato después, oyó el cerrar de la portezuela del coche. Sus luces se encendieron y se alejaron por el camino.

El vigilante regresó a la caseta y continuó tomando mate. Antes anotó la hora en que el coche había partido. Casi la una.

***

A las seis menos diez de la mañana la primera luz del sol permitió distinguir la calle del bosque de pinos, y por ella el vigilante pudo ver la silueta cansina del sereno que lo relevaba. Tomó las llaves y, dejando el mate en la mesa, se encaminó al portón. El sereno entró y ambos volvieron a la caseta. El sereno era un hombre locuaz: habló de sí mismo.

–Estoy cansado –dijo–, la verdad es que los fines de semana me canso más que en otros días.

El vigilante asintió y le cebó un mate.

–¿Todo bien? –preguntó el otro.

–Todo bien –contestó.

–Por mí puede irse nomás. No vaya a estar esperando que se hagan las seis.

–No. Prefiero esperar a las seis.

El sereno dejó el bolso en el piso mientras el vigilante revisaba su arma y la metía en el bolso.

–¿No la descarga? –preguntó el sereno observándolo–. Las armas las carga el diablo.

Y como no le contestara continuó:

–Estoy cansado –volvió a explicar– porque ayer vinieron las sobrinas de mi mujer de visita y se quedaron toda la tarde. ¡Hay que ver cómo conversan esas mujeres! Hablan de cuanta cosa se les cruza por la cabeza. Ayer pasaron toda la tarde discutiendo de la reencarnación. ¿Usted cree en eso?

–Sí –contestó el vigilante. El otro se sorprendió.

–¿En serio? A mí me parece un disparate.

–Puede ser.

–Pero usted dijo que creía en eso.

–Sí, eso dije.

Quedaron en silencio. El sereno miró la hora.

–Ya son las seis. ¿No se va?

El vigilante volvió a mirar el camino y el lugar donde el coche se había detenido. Todavía no había suficiente luz como para ver entre los árboles.

–Dígame –volvió a decir el sereno–. ¿Usted no descansa nunca?

–No.

–Eso es malo, más para un tipo joven como usted. ¿Por qué no se toma un franco?

–Para no cansarme –replicó el vigilante. Y diciendo esto, tomó su bolso y se fue.

***

Se detuvo cincuenta metros más adelante. Alcanzó a ver que el sereno abría el galpón y entraba. Entonces se puso a revisar el lugar. No le fue difícil encontrar las huellas que los neumáticos habían hecho en la tierra; eran las únicas que existían. Se agachó a mirar y comprobó que en ese lugar una de las huellas estaba borrada en un tramo de medio metro, como si alguien le hubiera pasado el pie por encima. Un poco más al costado, ya sobre la banquina, las hierbas estaban algo aplastadas. Luego venían los árboles. El vigilante sabía que a poco más de media cuadra había un lago artificial, que las lluvias habían formado en una cantera abandonada. Se dirigió allí.

Demoró algo en llegar, debido a la maleza tupida que rodeaba los árboles del lugar. Poco antes de encontrar la orilla, sin embargo, volvían a aparecer los pinos y se hacía más fácil caminar. Se detuvo por allí. En la arena encontró un surco y pisadas recientes. Siguiéndolas, llegó casi a la orilla del lago. Era profundo en esa parte, él lo sabía porque el año pasado un niño se había ahogado y desde entonces estaba prohibido acercarse, o al menos eso pretendían un par de carteles despintados y una cerca casi derribada. Pero fuera de eso, no se veía nada que no fueran árboles, piedras, arena y malezas. Su mirada recorrió el entorno, sintiéndose frustrado. Alguna vez, en una charla de café, había dicho que podía oler la sangre. No era cierto, ahora lo sabía, pero algo había pasado allí, y esas pisadas lo demostraban. Volvió a revisar el lugar, a pesar de que el cansancio empezaba a dominarlo, y trató de pensar. ¿Qué hubiera hecho él en un sitio como ese a la una de la mañana? ¿Tal vez un encuentro furtivo, un encuentro con alguien?

Movió la cabeza con enojo. No, eso no era.

Recogió algunas piñas que caían de los pinos. De niño, le gustaba jugar con ellas, y en alguna época había vivido en una casa que tenía estufa de leña. Una imagen de piñas crepitando en ese hogar casi lo hizo sonreír. Había sido mucho tiempo

antes, antes de que él comenzara a ir a la escuela. De hecho, de esa casa solo recordaba el fuego en la estufa, y el invierno empañando los vidrios. Y una mujer que le sonreía.

–Mierda –dijo.

Un impulso violento le hizo arrojar las piñas contra un pino. Las piñas se deshicieron y cayeron sobre una piedra que estaba en la base. El vigilante, lleno de extraña rabia, echó su bolso a la espalda y emprendió el regreso.

De pronto, se detuvo.

Volvió al pino. Algo no encajaba. La piedra que estaba allí tenía la superficie húmeda y sucia de tierra, él lo había visto. Se acercó a examinarla y pudo ver algunos escarabajos y hormigas que caminaban encima. La tomó con cuidado y, lentamente, la hizo girar hasta voltearla. Entonces sí, sonrió.

Oculto por la piedra había un bulto pequeño, envuelto en un trapo. Un trozo de sábana, quizás. Al tomarlo, lo notó blando y liviano, y, sobre todo, manchado de rojo. Lo desenvolvió despacio, como si fuera un caramelo.

Era una mano. Una pequeña y fina mano de mujer, desnuda y fría como la mañana que avanzaba en el cielo. Moviéndola con delicadeza, el vigilante observó que la sangre ya estaba coagulada y se confundía con el esmalte rojo de las uñas. La acarició como si todavía estuviera unida a su propietaria, revestida de piel suave y pálida.

No tardó en encontar otros paquetes, también torpemente escondidos bajo piedras: un trozo de hermoso muslo que otrora luciera bronceado en alguna playa, y un pie cortado a la altura del tobillo (pero no de esa pierna). También algo que debía ser un pedazo del tronco, a juzgar por los intestinos que se escapaban por uno de los lados.

–Mierda –se vio obligado a exclamar.

Lo observó con tanto cuidado como asco. Una sierra de metal, pensó al notar las breves mordeduras en la piel.

***

En ese instante escuchó unos gritos. Unos niños que iban a la escuela cruzaban corriendo entre los pinos, arrojándose piñas y terrones. El vigilante se escondió tras un árbol hasta que solo escuchó el infernal concierto de los pájaros saludando un sol rojo que asomaba del otro lado del bosque. Luego, arremangándose la campera, volvió a envolver la mano en la sábana y llevó todo unos metros más abajo hasta que encontró un sitio más adecuado para esconderlo: una hoquedad al borde de la laguna, en un sitio en que la barranca se cortaba abruptamente en vertical. Cubrió el bulto con ramas y piedras, para que el viento no lo descubriera y, sintiéndose ya cansado y sin aliento, regresó sobre sus pasos, cuidando de borrar sus huellas y las pisadas que había encontrado primero. Cuando por fin llegó a la calle, eran las siete.

***

Durmió hasta tarde. Lo despertó el ruido de un camión que pasó por la calle. Por suerte, se dijo, pues ya eran casi las tres. Al levantarse, observó que sus botas con puntera tenían arena pegada en las suelas. Las limpió prolijamente, cepillándolas y pasándoles un trapo, hasta convencerse de que no quedaba un granito. El uniforme, por lo demás, estaba limpio. Bajó a la cocina a buscar la carne y la leche que había guardado ayer y no tuvo más remedio que saludar a la encargada de la pensión y al entrometido que vivía en la pieza que estaba justo debajo de la suya, que no era más que un altillo con un ventanuco que daba a la azotea, donde apenas cabía la cama, un roperito, una silla, y una mesa con una cocinilla que hacía las veces de estufa.

Después de comer miró la hora; no tendría tiempo de hacer empanadas. Se vistió parsimoniosamente, se afeitó y se ajustó la corbata negra. Luego puso el revólver en el bolso, junto con el mate, el termo y la yerba. Al salir, volvió a toparse con la encargada.

–¿Ya se va, tan temprano? –le preguntó. El contestó que debía pasar por la empresa.

Pero no iba a la empresa.

Tenía varios conocidos en la jefatura. No tardó en lograr conversar con uno de ellos. Le deslizó un papelito con el número de la matrícula. "Es de una mina", le dijo. El otro prometió conseguirle la información esa misma tarde.

Cuando llegó a la fábrica, el camión que periódicamente levantaba chatarra se retiraba. Mejor, se dijo, porque cuando estaban los peones tenía que estar junto a ellos vigilando que no se llevaran nada valioso. Aunque eso no era problema para él; el problema era tener que soportar que le conversaran.

El sereno lo saludó apenas. Parecía hosco. Le transmitió rápidamente las novedades del día –ninguna– y esperó que el vigilante le hiciera alguna pregunta. Este tan solo abrió el bolso y sacó sus cosas.

–Quiero preguntarle algo –dijo entonces el sereno, cuadrándose sobre sus pies, y como el vigilante no hizo ni dijo nada, continuó:

–Hoy de mañana encontré un gato lastimado. Lastimado no. Deshecho, diría yo. El pobre animalito maullaba que daba pena. Tenía el anca destrozada, y me dije: "esto no lo hace un perro ni se lo hace por accidente". Si lo hubiera encontrado en la calle, hubiera pensado que lo atropelló un auto. Pero estaba acá, dentro de la fábrica.

Hizo una pausa. El vigilante sacó el paquete de yerba.

–¿Por qué le pegó?

–¿A quién?

–¿A quién va a ser? Al gato.

El vigilante suspiró.

–Hace muchos años, yo era una rata, y vivía feliz en mi cañería, hasta que un gato me mató. Reencarné, y ahora me estoy vengando.

Se sentó en su silla. El sereno se quedó parpadeando unos segundos, mientras él encendía el calentador, y luego se fue a buscar sus cosas para irse. El vigilante miró el manojo de llaves y se dijo que a las ocho haría la primera recorrida.

–Mátelo –dijo el sereno antes de que él cerrara el portón–, yo no me animo.

A las ocho inició la recorrida. Encontró al gato en el mismo sitio en que había caído la noche anterior. Ya no maullaba, pero mantenía la cabeza erguida aun cuando el anca destrozada le impedía andar. A su lado, el vigilante notó que había un platito con leche.

Se le acercó. Pudo ver que los ojos del animal se agrandaban de terror.

–Me dijeron que te matara –le explicó.

El gato lanzó un maullido lastimero.

–Vamos –le dijo–, tomá la leche.

El animal, que evidentemente tenía hambre, estiró la cabeza hacia la leche y hundió la lengua en el líquido. El vigilante retiró el plato unos centímetros. El gato se arrastró de nuevo, él levantó el plato.

–Mejor le doy esta leche a otro gato –dijo el vigilante–, igual vos vas a morir.

El gato dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Lo contempló largo rato. Al fin, dejó el plato junto a la cabeza del gato y siguió recorriendo la planta.

A las nueve sonó el teléfono en la oficina. Entró y tomó el tubo. Era su conocido de la jefatura, que cumplía lo prometido. Anotó los datos en la libreta, se lre
fútbol antes de colgar.

Inmediatamente discó el número que le acababan de pasar.

–¿Hola? –contestó una voz de mujer.

–¿Se encuentra Antonio?

–¿De parte?

–Un amigo.

Pasaron unos segundos. Después una voz de hombre. El no dijo nada.

–¡Hola! –insistió la voz.

Esperó que la voz dejara traslucir cierto tono de enojo. Entonces habló:

–Te vi –dijo lentamente–. Ayer te vi. Vi lo que hiciste.

Colgó. Guardó su libreta, apagó la luz de la oficina, la cerró y se dirigió tranquilamente a su caseta. Todo estaba en silencio.

***

El ómnibus pasó frente a la parada donde él, mañana tras mañana, se apeaba para ir a su pensión, pero esta vez no se levantó. Cansado, con sueño, dejó que las esquinas fuesen pasando indiferentes frente a la ventanilla, hasta que llegó la de Dieciocho y Minas. Allí sí se bajó, tomó por esta última calle en dirección al mar, y cuando ya lo divisaba encontró el número que buscaba. Resopló con fastidio: no había ningún bar en las esquinas y desde la rambla se levantaba un viento helado con gusto a salitre y detergente. Para peor, el día estaba nublado y amenazaba llover. Apenas eran las ocho menos cuarto.

Pero lo animó descubrir el Chevette blanco estacionado en la otra acera. Descubrió, además, que en esa esquina había una parada de ómnibus y un teléfono público. Curiosamente, este funcionaba.

Sonó ocho o nueve veces antes de que descolgaran.

–¿Hola? –preguntó la voz somnolienta.

–¿Dormiste bien?

El vigilante captó la alarma, aunque el otro no habló. Esperó unos segundos y colgó

***

De tarde, después de almorzar su churrasco y su huevo frito, salió unos minutos a la azotea. A esa hora –cuatro y media– la pensión estaba casi desierta. Pudo haber llamado de nuevo entonces, pero no lo hizo. Algo lo había desanimado de pronto. En un rincón de la azotea una araña tejía su tela, y él, habiendo escuchado alguna vez que ellas captan cuando han atrapado un insecto gracias a las vibraciones de la tela, decidió probar si esto era verdad tocando los hilos con un palito. La araña no le dio pelota.

Miró alrededor y descubrió un bichito de la humedad que recorría la azotea sin rumbo fijo. Lo tomó con cuidado y lo depositó en la tela, y la araña de nuevo rechazó la inmolación. Frustrado, abandonó sus experimentos etológicos, no sin antes destruir de un pisotón, araña, tela y bichito. Bajó a la sala de la pensión y se sentó un rato junto al teléfono.

Al fin, tomó su uniforme, su bolso, su revólver y se marchó.

A las nueve llamó de nuevo. Escuchó que descolgaban, pero nadie habló. El tampoco. Un cuchicheo, después otro, de voces apagadas.

–¿Sí? –dijo alguien después.

Continuó sin responder. Oyó un ruido raro del otro lado, y al fin:

–¡Qué mierda quiere!

Era la mujer joven. Lo sorprendió el grito.

–¿Está Antonio?

–¿Para qué lo quiere?

Pensó. ¿Para qué lo quería?

–Tengo que hablar con él.

–¿De parte?

–De un amigo.

El hombre debía estar allí cerca, pues escuchó de nuevo los cuchicheos, y luego él contestó. El vigilante se dijo que era mejor obligarlo a colgar, por lo que volvió a guardar silencio, pero el tal Antonio preguntó si era el mismo que había llamado el día anterior. Respondió que sí.

–Y bien –preguntó el otro–, ¿qué quiere?

–Quiero plata –contestó al fin.

–Me lo imaginaba. Pero, ¿se puede saber por qué tengo que darle plata?

–Porque te gusta pasear por Paso Carrasco.

–¿Y eso qué?

–Que si te seguís haciendo el sonso, todo el mundo se va a enterar.

Colgó sin darle tiempo a contestar. Salió de la oficina extrañamente feliz, acompañado de los lóbregos maullidos de los gatos.

***

A las cuatro y media la pensión volvió a sumirse en el silencio. Podría haber llamado entonces, pero se demoró ajustándose el nudo de la corbata. A las cinco menos veinticinco bajó del altillo y llamó. Atendió la mujer, dijo que el tal Antonio no se encontraba, pero que podía hablar con ella si tenía algo que decirle.

–Prefiero hablar con él –repuso.

–¿Fue usted el que llamó diciendo que lo veía por Paso Carrasco?

Un tanto sorprendido, no contestó.

–Bueno –continuó la mujer–, puedo asegurarle que él nun-

ca va por allí.

–¿No tiene un Chevette blanco?

Un silencio de un par de segundos.

–¿Qué tiene que ver?

–Ese auto estuvo por allí el domingo de noche. ¿Quiere que se lo diga a la policía?

–¿Decirle que vio un auto blanco? Lo van a meter en el manicomio.

–Tal vez. Pero dígale a su amigo Antonio que puedo decirles también donde pueden encontrar un paquete envuelto en una sábana blanca. Y pensándolo bien, capaz que lo hago.

Colgó y tomó su bolso para dirigirse a la parada.

Esa noche, apenas tuvo tiempo de apagar la luz de la caseta antes de que el Chevette blanco lo iluminara con sus focos. No necesitó fijarse en el número de la matrícula para saber que era el mismo, ni tampoco fue a espiar a la verja. Se quedó tomando mate y comiendo empanadas en la oscuridad. Más de una hora después el coche volvió a pasar en dirección contraria.

Pero tampoco ahora encendió la luz. Se quedó en la oscuridad hasta que salió el sol.

***

No había pensado en informar a la policía, eso había sido una mentira. Volvió a llamarlo la siguiente tarde, a la misma hora. Esta vez atendió el hombre, y su voz, aunque nerviosa, no parecía traslucir un ánimo quebrado. Esto molestó al vigilante.

–No se preocupe –le dijo–, no llamé a la policía.

–Por Dios, diga lo que quiere. No entiendo nada.

–Yo tampoco. ¿Cuánto me ofrece?

–Depende de lo que usted tenga para ofrecerme a mí.

–Te ofrezco mi silencio. ¿Es poco?

El otro demoró unos segundos en contestar.

–¿Qué es lo que se supone que sabe?

El vigilante rió.

–Si vos no lo sabés, ¿querés que te lo diga yo? ¿Entonces qué estabas haciendo anoche en el auto, en Paso Carrasco?

–¿Anoche? Anoche no salí de casa.

–Estás mintiendo –contestó el vigilante con voz ronca, y colgó.

En los siguientes días se abstuvo de llamar. Así alentaría en el hombre del coche blanco la ilusión de que se había olvidado del asunto. Pero además, la noche siguiente a la última llamada ocurrió algo que lo distrajo: observó a dos muchachos que pasaron por el camino frente a la fábrica. No era del todo raro, ya los había visto algunas veces y sabía que vivían en las cercanías, lo mismo que algunos otros que en ocasiones espantaba de los alrededores de la fábrica cuando llevaban sus novias a los arbustos. Pero ahora le llamó la atención que hubieran fijado su mirada en el interior de la fábrica. No cualquier mirada, por cierto.

"Los voy a agarrar", pensó.

No quiso hacerlos esperar. Adelantó, por esta sola vez, el horario de su recorrida, que esa noche había fijado para las diez. A las nueve salió, balanceando su linterna para que lo vieran de lejos. Mas no dobló en la esquina del edificio, sino que se ocultó tras unas chapas viejas. Unos minutos más tarde, el crujir de la verja le dijo que no se había equivocado. Se acercó despacio, hasta vislumbrar un par de sombras que se acercaban a una pared donde se amontonaban los fierros herrumbrados. Aun en la oscuridad pudo advertir la torpeza con que se movían.

"Estúpidos", se dijo, "hasta un guardia que estuviera dormido los hubiera descubierto".

Se aproximó sigilosamente. De improviso, encendió la lin-

terna. Uno de ellos gritó y salió corriendo hacia la verja. Cuando el segundo quiso hacer lo mismo lo encañonó con el revólver.

–Movés un dedo y te quemo.

El muchacho alzó los brazos temblando. Era un morenito que aparentaba unos dieciséis años. Tal vez tuviera más.

–Sos un guacho –dijo el vigilante–. ¿Tu madre sabe lo que andás haciendo?

El chico no respondió nada. El se acercó y le apoyó el cañón en la nariz.

–Tu amigo te dejó en banda, parece. –Esperó unos instantes y preguntó:

–¿Cómo te llamás? Yo me llamo Villanueva. ¿Oíste? ¿Ves que no tengo miedo de decirte mi nombre? ¿Cuál es el tuyo?

De nuevo esperó inútilmente una respuesta. El chico no abrió la boca. El le dio una patada en los testículos. El muchacho cayó al suelo gimiendo.

–No seas tan mal educado– continuó el vigilante inclinándose sobre él.

–Dale, ¿cómo te llamás?

–Marcelo –balbuceó el otro.

–No te oigo.

–Marcelo, Marcelo.

–¿Marcelo? Bueno, Marcelo, sos muy jovencito para hacer estas cosas, así que te voy a dejar ir si me prometés que no vas a volver a robar.

–¡Andáte a la mierda!

No pudo completar la frase. El vigilante le había metido el cañón del revólver en la boca y amartilló el percutor, que en el silencio de la noche hizo un clic siniestro. Los ojos del ladrón se abrieron de pánico.

–Sos maleducado, Marcelo. Pero no importa. Juráme por Dios y por la Virgen María que nunca vas a robar, y te dejo ir.

A la luz de la linterna vio la cabeza del otro moverse afirmativamente. "No te oigo", insistió. El muchacho se atragantó con el cañón de acero, tosió, dijo que sí, que por Dios y la Virgen María.

–Yo no creo en Dios. ¿Vos creés en Dios?

–No.

–Entonces juraste en falso, Marcelo. Mentiste. ¿Te parece lindo?

Las lágrimas brillaron en los sucios y morenos cachetes. El vigilante se levantó y guardó el revólver.

–Andáte.

–Abríme la puerta –pidió el ladrón–, casi no puedo caminar.

–¿Quién te dio permiso para que me tratés de vos?

–Señor, ábrame la puerta.

–Por favor.

–Sí, sí, por favor.

–No tengo la llave. Vas a tener que volver por donde viniste.

Regresó tranquilamente a su casilla. Al rato sintió cómo la alambrada crujía trabajosamente. Más tarde todo quedó en silencio. El vigilante puso agua a calentar.

***

Viernes de noche. Buen día para fantasmas y vampiros, buena noche para lobizones y monstruos sedientos de sangre y carne. Llamó a las nueve, a las diez, a las doce, a la una. Recién a las dos y cuarto contestaron.

–¿Hola? –Era el hombre. Su voz sonaba tranquila. El vigilante esperó.

–¡Hola! –Ahora sí sonó nerviosa.

–¿Dónde andabas?

Del otro lado debieron tapar el tubo con la mano, pues se apagó el sonido ambiente; el vigilante esperó con paciencia.

–¿Qué quiere?

–No hace una semana todavía –repuso el vigilante– y ya andás de joda.

Cortó.

A las ocho de la mañana estaba frente a la casa de la calle Minas, acompañado tan sólo por dos borrachos que todavía no encontraban el camino a su casa, discando en el teléfono de la esquina. Descolgaron, nadie habló.

–Sé que estás escuchando –dijo el vigilante–. Me parece que te has olvidado que tenemos que hablar.

–Está bien –repuso la voz, ahora angustiada, desde el otro extremo de la línea–. Está bien, pero no sé qué quiere usted.

–Todo se puede conversar.

–No puedo hablar por teléfono.

–Yo hablo lo más bien.

–¿Tiene miedo de que le vea la cara?

El vigilante pensó un momento.

–El lunes a las tres de la tarde. Hay un bar en Joanicó y Cipriano Miró.

–¿Cómo lo conozco?

–Yo te conozco.

En realidad no lo conocía, pero sabía que podría conocerlo enseguida. Se sentó en la parada y esperó que alguien saliera de la casa. Efectivamente, pocos minutos después un hombre de mediana edad salió acompañado de una mujer. El hombre era rubio, la mujer parecía muy joven.

***

El lunes se instaló en una mesa junto a la ventana del bar. Corrió unos centímetros la taza de café aunque no pensaba tomarla. Llevaba puesto el uniforme, pero encima se había colocado un buzo azul que ocultaba la insignia. Hacia las tres el bar se llenó de hombres de todas las edades que escapaban de una fábrica cercana, donde acababan de cobrar sus jornales. Pronto el aire se oscureció de tanto humo y risa inútil. "Mejor", pensó él.

A las tres y cuarto todavía no había visto al hombre rubio de nombre Antonio. En la vereda de enfrente dos mujeres barrían o hacían como que barrían mientras fisgoneaban a los vecinos. Un niño entró y compró cigarrillos para su padre, luego de esperar largo rato que el bolichero se resignara a dejar de conversar con sus clientes, a los que parecía conocer bien. El niño aún pugnaba por evitar que se le cayeran las monedas de la mano cuando una mujer apareció en la entrada. Era joven. Los que estaban en la barra torcieron la cabeza para mirarla. Ella cruzó la vista por todos los rincones. Al fin, sorteando las piernas esparcidas por el suelo, llegó hasta la mesa del vigilante.

–Vengo de parte del señor Antonio.

Se sentó dejando el bolso sobre la mesa. El bolichero se acercó con rapidez inusitada.

–No quiero nada –dijo la muchacha.

El vigilante acabó por reconocerla: era la misma que había visto junto al tal Antonio, el día anterior. Además, la voz parecía ser la misma del teléfono.

–¿Cómo supo que era conmigo que tenía que hablar?

–Era el único que estaba solo. Bien, lo que tengo que decir es muy breve: Antonio le ofrece dos mil dólares. Si los quiere se los damos, si no, haga lo que quiera.

–Dígale a su patrón que no hago negocios con mandaderos, menos con mujeres.

–Como quiera. Si acepta, llame mañana.

La mujer tomó el bolso y pareció dispuesta a levantarse.

El vigilante alzó el tono de voz.

–¿No le parece poca plata por un asesinato?

Algunas voces en las mesas cercanas se acallaron. Ella quedó rígida en su asiento. Miró de reojo, los miraban.

–¿De qué está hablando?

–¿No lo sabe? Pregúntele a su patrón.

Ella quedó pensativa, o tal vez confusa.

–¿Cómo se llama? –preguntó el vigilante.

–Rosanna –respondió ella sonriendo de pronto–. ¿Y usted?

–Me apellido Villanueva.

–¿No tiene nombre?

–No.

Si alguien escuchó lo que habían conversado, debió pensar que lo había hecho mal, al ver la sonrisa y la calma que mostraron los dos.

Rosanna sacó el bolso de la mesa y lo colocó en su falda.

–Mi padre no quería que viniera. Pero él está mal, sufre del corazón. Ahora le subió la presión. No podía dejar que viniera él.

–¿Su padre?

–Sí.

–Si está enfermo, no debería andar volteando con locas.

Ella se encendió.

–No hable así. ¿Qué se cree?

–No me creo nada.

Quedaron en silencio, ella volvió a sonreír.

–¿Sabe? Debe haber una confusión.

–Puede ser.

–No sé de nadie que haya matado a nadie.

El vigilante casi sonrió. Miró a la joven sonreír. De repente le aferró la muñeca. Ella se asustó.

–Decíle a tu padre –dijo con lentitud– que me faltan unos

pedazos para completar el rompecabezas. Una mano sobre todo. Capaz que esta puede servir.

–¡Suelte!

Ella zafó la mano, que le quedó dolorida. Alrededor, algunos los miraron con sorna.

–¿Entiende lo que quiero decir, o se lo repito?

–Entiendo.

–Es poca plata.

–No tenemos más.

–Si su padre tiene para darle a una loca, también tendrá para mí, supongo.

La muchacha tragó saliva, y por unos momentos pareció quedar sin palabras. Luego habló:

–No es una loca. ¿Usted la conoce?

–No tuve el gusto.

–¿Dónde está?

–Deme cuatro mil, y se lo digo.

Ella apoyó las manos sobre la mesa, como para darse fuerzas.

–No tenemos tanto –explicó–. Tenemos un negocio de importaciones, pero va mal. La casa está hipotecada, el auto no se ha pagado. Tenemos que trabajar todo el día para pagar las deudas. Si usted nos exige más de lo que podemos dar, no nos va a dejar más remedio que hablar con la policía. Pero si acepta lo que ofrecemos, entonces todos nos quedamos tranquilos y nos olvidamos del asunto.

–Y que su padre haya matado a una gurisa, ¿eso no importa?

Ella lo miró vacilando. Luego dijo:

–Créame, no estoy segura de lo que estamos hablando.

–Usted lo sabe.

De nuevo ella demoró la respuesta. Pensaba.

–Fue un accidente.

–Se nota.

Rosanna endureció la mirada.

–Si se descubre esto, usted también lo va a pagar. Recuerde que ahora lo conozco.

–A mí no pueden encontrarme.

–No crea. Sé que usted vive en Paso Carrasco y que se llama Villanueva.

Tomó su bolso y ahora sí se levantó.

–Llame mañana. Si no, olvídese.

El vigilante esperó que saliera. Dejó unos pesos sobre la mesa y salió tras ella. La siguió una cuadra. Tal como lo había pensado, el Chevette blanco la esperaba en una esquina. El coche partió apenas ella subió.

***

Le había dicho que llamara al otro día. Pero él no lo hizo. En vez de eso, a la mañana siguiente se levantó más temprano que de costumbre –al mediodía–, se lavó y partió rumbo a la casa de la calle Minas. Era la una cuando tocó el timbre.

Rosanna era de tez más bien oscura, algo así como olivácea, pero quedó pálida al verlo. "¿Qué hace aquí?", le preguntó. El vigilante pidió para pasar y ella se negó. Sin embargo, en ese momento se escuchó que desde el fondo alguien preguntaba quién había llamado. Rosanna se volvió para contestar. El empujó la puerta y entró.

–¡Salga! –pidió la chica entre enfurecida y asustada.

Por toda respuesta, el vigilante terminó de entrar y cerró el zaguán tras sí. La casa tenía una sala de estar amplia, y una escalera de madera que conducía a las habitaciones de arriba. Todo parecía muy prolijo y ordenado.

–Le dije que saliera –repitió ella apretando los dientes y restregándose las manos en el delantal que llevaba puesto.

–¿Estabas haciendo la comida?

No pudo responder. Los escalones de madera crujieron bajo el peso de alguien que comenzaba a bajar.

–Es mi padre –dijo Rosanna–. Por favor, váyase. El está muy enfermo.

El hombre rubio que había visto antes apareció en la puerta de la sala. Era, sin embargo, más viejo de lo que le había parecido. Los miró como para preguntar algo, pero Rosanna se le adelantó.

–Antonio –dijo yendo hacia él–. Te presento a un amigo... Roberto.

–Roberto –aceptó el vigilante.

–Roberto vino a traerme algo, pero ya se va –siguió explicando Rosanna, mientras los otros dos se daban la mano–. Te acompaño hasta la parada, Roberto.

–Todavía no pensaba irme –dijo el vigilante.

–Podés irlo pensando afuera.

El vigilante olió el aroma que provenía de la cocina.

–Pollo con arroz. Hace tiempo que no como pollo.

Durante unos instantes, ni Rosanna ni el hombre llamado Antonio supieron qué decir. El vigilante permaneció impasible.

–No va a alcanzar –terminó por balbucear Rosanna.

–Es una lástima –respondió el vigilante–. Pero parece que no quieren que me quede.

Rosanna buscó el zaguán con gesto perentorio. El vigilante, sin embargo, no se movió. Miró al hombre viejo.

–Puede quedarse –dijo éste de pronto–. Yo no tengo hambre.

Rosanna quedó estupefacta, parada en la puerta. Al fin, al ver que los otros dos se dirigían a la cocina, se dio por vencida y entró de nuevo.

***

El breve almuerzo transcurrió en un gélido silencio. Antonio no probó su plato. Rosanna intentó tragar un trocito de pechuga. El vigilante se devoró el muslo y el arroz con mayonesa. Mientras tanto, Antonio no le quitaba los ojos de encima.

–¿A qué se dedica usted? –preguntó de pronto.

–Estoy buscando trabajo –respondió el vigilante sin inmutarse.

–¿Desocupado?

–Claro. Por eso tengo hambre.

Antonio enarcó las cejas. Rosanna lo miró con odio.

–¿Y cómo fue que se conocieron?

–Vino a pedirme trabajo –contestó rápidamente Rosanna–. Claro que no pude ayudarlo.

–Ya veo. ¿Qué hacía usted antes?

–De todo.

–Sobre todo, nada bueno –volvió a decir Rosanna, y se mordió los labios. El vigilante casi sonrió.

–También fui enterrador –dijo.

–¿Sepulturero?

–Eso es.

–¿Y por qué no siguió en eso?

–Me gusta más enterrar vivos.

–Por eso –cortó Rosanna– es que está desocupado.

Antonio se dirigió a ella.

–¿Qué querés decir?

–Nada.

–Quiere decir –terció el vigilante– que por ahora sólo puedo enterrar muertos.

–Más bien quiero decir –respondió Rosanna– que nadie le paga por eso.

–Hace unos años hubiera sido distinto –dijo entonces Antonio con gesto apesadumbrado–. Las cosas iban bien entonces, pero en este país no funciona estar con la ley. ¿Sabe usted lo que es trabajar de sol a sol para estar al día con los impuestos y las cargas sociales, y ver que siempre está igual? Sobreviviendo apenas, mientras al lado tipos que se ríen de la ley prosperan. Yo ahora pienso que nunca debí haber pagado un impuesto, que debí trabajar siempre con el personal en negro. Eso le pasa a los crédulos.

Se hizo un silencio espeso, tan sólo cortado por el sonido que los dientes del vigilante hacían al roer los huesos del pollo.

–Fue una buena época. Ahora, si no fuera por ella yo sería un hombre destruido.

Y pasó su mano pálida sobre la más bien morena de Rosanna que, sin embargo, pareció tomar por momentos el color de la del hombre. El vigilante sacó de su boca el hueso que mordía y la miró. Temblaba.

–Fue en esa época –volvió a decir Antonio– que conocí a Natalia.

Un estallido lo interrumpió. Rosanna, en un gesto nervioso, había tocado con el codo un vaso que fue a estrellarse contra el suelo. Tras un segundo de estupor, ella se echó a llorar convulsivamente.

–Pero, ¿qué pasa? –preguntó Antonio.

–Era el último vaso del juego que te habían regalado. ¿Te acordás? ¡Era el último! Soy una estúpida. Lo rompí.

El hombre viejo sonrió tristemente.

–Me lo regalaron unos clientes. La tapa del juego decía que era legítimo de Italia. Lo tuvimos años en la vitrina, sin animarnos a tocarlos. Una navidad los sacamos para el brindis, y descubrimos que en el fondo decía: Industria Brasileña.

Rió solitariamente, mientras las lágrimas corrían por los morenos cachetes de Rosanna.

–Es el destino de toda ilusión: romperse.

Entonces Rosanna fue hacia él y lo abrazó."Está bien, está

bien", le decía, y Antonio apretó la suave mano que se apoyaba en su hombro. El vigilante los miró burlón. Ella pareció acordarse de él.

–Si ya terminó de comer, puede irse a tomar el ómnibus.

El vigilante pasó un pedazo de pan por el fondo del plato.

–Muy bueno –dijo extendiéndoselo–. ¿No hay postre?

***

Salieron juntos, seguidos por una mirada de Antonio que al vigilante no pudo menos que extrañarle. No era curiosidad o preocupación, era otra cosa difícil de definir. Pero no llegaron a cruzar la esquina. Ella se paró en seco y dijo que no caminaba un paso más con él.

–Su padre no estaba muy contento de que usted saliera con un hombre.

La piel más bien oscura de la chica se encendió de pronto a la altura de las mejillas. Hizo como que no lo escuchaba y preguntó si iba a aceptar la oferta que se le había hecho. Por toda respuesta él comenzó a caminar calle abajo, rumbo a la rambla, sin volver la vista atrás. Al principio pensó que ella se quedaría en la esquina pero a poco escuchó sus pasos y vio que se ponía a caminar a su lado. La tarde se llenaba de luz, los niños corrían tras la pelota por la calzada y los perros revolvían los montones de basura y escombros que se amontonaban de trecho en trecho. Allá abajo, el mar marrón respiraba un aliento frío y salitroso, que hacía subir los cuellos de los abrigos y que al llegar a la rambla se transformaba en viento helado. El vigilante no se detuvo, ni Rosanna tampoco, pese a que comenzaba a tiritar bajo la delgada campera. Una gaviota graznó a poca distancia de ellos.

–¿Tenés frío?

–No –mintió ella, y luego de un rato–: ¿Y bien?

–Y bien, ¿qué?

–Le hice una oferta, ayer.

–Sí, me acuerdo.

Una persona apareció a sus espaldas. Era un pescador, que desdeñando el viento y el frío se dispuso a desenredar sus aliños sobre la balaustrada.

–¿Cómo se llamaba?

–Natalia.

–¿Quién era?

–Era la secretaria de mi padre. Al principio, al menos.

–¿Y después?

Ella no contestó. Parecía haberse calmado.

–¿Por qué le dice Antonio a su padre?

–Me acostumbré así desde chica.

–¿Y su madre?

–Murió hace unos meses. Ella vivía en Buenos Aires; pero, ¿qué se le importa?

–Nada. No se me importa nada. Soy curioso, eso es todo. Pero hay algo que no entiendo: ¿nadie ha reclamado a la chica?

–¿A Natalia?

–¿A quién va a ser?

Ella hizo una mueca despectiva.

–A su familia nunca le importó nada. No la buscan si no es para pedirle plata.

–Y me imagino que tu papá se la daba de sobra.

–Usted es un imbécil. Cuando Natalia llegó a pedir trabajo al negocio de mi padre, el negocio andaba mal, peor que ahora. La esposa, mi madre, se pasaba gastando lo que no podía en ropa y porquerías. Y encima, cuando mi padre volvía del trabajo, ella lo destrataba. Yo lo vi muchas veces.

Hizo una pausa y miró al mar.

–Yo también hacía lo mismo. Lo reconozco.

–Y Natalia le dio apoyo, me imagino.

Rosanna se volvió con gesto irritado.

–Usted es un cínico.

–Oh, no, me imagino que todo fue un esfuerzo desinteresado.

–Usted no entendería, aunque yo le explicara mil años.

–¿Por qué la defendés tanto a esa mina? Marchaba con tu padre. ¿No te dan celos?

–Idiota. Nosotras éramos amigas.

El vigilante se sorprendió, muy a su pesar.

–O sea –le dijo– que no te importaba que la adornara a tu madre.

–Por eso se divorciaron. Y yo me peleé con ella, con Natalia, por eso.

Después, como pensando, agregó:

–Ahora la comprendo.

–Es un poco tarde para eso –dijo el vigilante, sentándose en la muralla de la rambla–. Y me imagino que no sería tan buena como decía, porque tu padre la mató.

Ella se sentó también. Demoró en hablar.

–Fue un accidente.

–¿Vos lo viste?

–No, pero mi padre es incapaz de matar una mosca.

El vigilante escupió al agua.

–Tu amiga era una loca. Eso es todo.

Rosanna se levantó enfurecida.

–¡Usted no la conoció como yo! A ella nunca nadie la entendió, ¿sabe? Cuando se fue de la casa nadie le preguntó dónde iba; nadie quiso saber por qué se iba. Metió una muda de ropa en el bolso y salió, y la madre se metió en la cocina haciendo como que no se daba cuenta.

–Eso es lo que te contó ella.

–Es la verdad. –Pareció que iba a seguir hablando, pero se calló de pronto.

–¿De dónde era?

–De Pando. –Y después de una pausa, agregó–: Es de una familia muy pobre. Ella nunca tuvo todo lo que yo tuve.

–Ya veo.

–Escuche. Hay cosas que gente como usted no puede entender. Natalia no tuvo la culpa de nada. Mi familia, antes, era una parodia de familia. Parecía que todo estaba bien, y no era así. Todo estaba mal. Mi madre, y yo misma, le echamos la culpa, pero ahora sé que ella me permitió esto que tenemos ahora. ¿Lo ve? Somos una familia.

Hizo una pausa.

–¿Por qué mierda le cuento todo esto?

–No tengo idea.

–Dígame qué va a hacer. Si no, me voy. Ahora lo digo en serio.

–¿Qué ganás con que te diga dónde está? Tarde o temprano la van a encontrar.

–Sí.

–¿Y entonces?

–No sé.

–No entiendo.

–Yo no lo entiendo a usted. ¿Quiere la plata? Tómela. Si no, váyase.

El vigilante miró cómo una gaviota daba cuenta de un triste pescadito. Ahora el olor a salitre se mezclaba con el olor a podredumbre que provenía de las cloacas cercanas.

–Es poca plata –le dijo–. Que sea el doble.

–¡Usted no quiere plata! –le gritó Rosanna–. Yo sé lo que usted quiere. Usted quiere destruirnos.

El vigilante se volvió.

–¿Destruirlos? ¿Por qué decís que quiero destruirlos? Yo lo único que hice fue venir y decir: encontré esto. Y ustedes se destruyen.

Y mientras se iba caminando a lo largo de la rambla, le gritó:

–Yo no los destruyo. Ustedes ya estaban destruidos.

***

Eran las tres de la mañana, la luz del foco se disolvía en la neblina espesa y helada. Sin embargo, el vigilante no entraba en su caseta. Permanecía expuesto al aire frío que descendía sobre él sin lástima, observando cómo su aliento se condensaba frente a su nariz. Un maullido lo sacó de sus pensamientos. Apuntó la linterna a través de la neblina, y dos ojos verdes brillaron tras el vapor espeso.

–Te conozco –gritó el vigilante–, no preciso verte.

Apagó la linterna y siguió hablando.

–¿Vos también pensás que quiero destruirte? No seas gil.

Y más tarde agregó:

–Sería mejor para vos, ¿no? Sí, sería lo mejor. –Y alumbrando de nuevo con la linterna–: Sí, es lo que voy a hacer ahora.

Pero la luz de la linterna no volvió a encender las pupilas fosforescentes. En vano dirigió el haz de luz de un lado a otro de la explanada.

–Cagón –gritó, al tiempo que entraba en la oficina–. Ya nos vamos a ver el hocico.

Discó rabiosamente el número que ya tenía aprendido de memoria. Dejó que el teléfono sonara. Reconoció la voz somnolienta de Rosanna.

–¿Durmiendo? –preguntó con sorna.

–Es usted –replicó la otra.

–¿Esperabas otro llamado?

–No a esta hora.

–¿De quién?

La voz de Rosanna vaciló un instante.

–¿Qué se le importa?

–Ya te dije, no se me importa nada. Yo pregunto, vos contestás si querés.

–¿Qué es lo que quiere ahora?

–Saber cómo estás.

Escuchó cómo colgaba precipitadamente. Esperó unos segundos antes de discar de nuevo. Pero ahora sólo escuchó la señal de ocupado.

–Lo descolgaste, ¿no? Mañana vas a ver.

***

Recibió una pequeña desilusión esa mañana, cuando después de tocar el timbre una sola vez, no encontró susto ni sorpresa en el rostro de Rosanna, sino apenas un gesto de desagrado.

–No sé por qué se me ocurrió que era usted –dijo ella–. Pase.

El vigilante entró. Ella había estado limpiando, a juzgar por el trapo de piso y el pañuelo que le cubría la cabeza.

–¿Tu padre? –preguntó sentándose en uno de los sillones de la sala.

–No está.

–¿Dónde está?

–No sé.

–Me parece que se está escondiendo de mí.

–Puede ser.

–¿Vos no trabajás con él?

–Ahora no. Hace dos meses que cerramos. Mandamos a la gente al seguro de paro.

–¿Y de qué viven?

Ella no contestó, pero se sentó en otro sillón mientras se

sacaba el pañuelo y la densa cabellera negra caía a su espalda.

–¿Y tu novio?

–¿Cuál novio?

–El que te iba a llamar anoche.

–Ah. –Hizo un gesto de fastidio–. No tengo novio.

Algo molestaba al vigilante. No era claro, pero tenía la sensación de que no todo estaba en su lugar. Tenía buena memoria, se preciaba de eso. La vez anterior no se había fijado mucho en la sala de estar, pero no recordaba que todo estuviera igual. Concretamente, una repisa que se adosaba a la pared se le aparecía más vacía. Creía haberla visto llena de esos adornitos de vidrio que sólo existen en las casas en que no hay niños, pero ahora esos adornitos estaban en otro mueble. En esa repisa había unas fotografías, la mayoría de Antonio, de una mujer que supuso era su esposa, de Rosanna, y por último una en la que Rosanna aparecía abrazada con otra chica, también morena como ella, pero tal vez algo mayor.

–¿Quién es? –preguntó señalándosela.

Ella dirigió la vista hacia allí. Enarcó un poco las cejas.

–¿Esa? Pues somos Natalia y yo cuando... bueno, hace tiempo.

El vigilante se levantó sorprendido.

–¿Esta es Natalia?

–Pues claro.

Se acercó a la foto y la examinó cuidadosamente.

–¿Por qué pregunta? –inquirió ella.

–Por nada. Tengo que irme.

–¿Ya?

–Sí –contestó. Y sin darle más explicaciones, salió a la calle.

***

No pudo dormir por la tarde. Intentó, varias veces, cerrar los ojos y escuchar música en la radio para ver si lo envolvía el fantasma del sueño. Fue inútil. Cansado de oír canciones estúpidas y de revolverse en el camastro desvencijado, al fin se levantó y se fue a trabajar una hora antes de lo acostumbrado.

Cuando pasó frente al bosque de pinos se le ocurrió que era una buena oportunidad. Habían pasado muchos días y nadie había descubierto nada, sin duda porque en esa época del año nadie pasaba por allí. Tal vez, si él no decía nada, los restos del cadáver podían seguir ocultos hasta la primavera. Para entonces, los gusanos, las ratas y los perros callejeros habrían dado cuenta de ellos.

Pero los perros podrían, al pelear por los jirones de carne, arrastrar los trozos del cuerpo fuera de su escondite.

Este pensamiento fue el que lo hizo retroceder –ya había pasado el lugar donde días antes había visto detenerse el coche blanco– y entrar precipitadamente en el bosque. Debía verificar que no hubiera más pedazos esparcidos aquí o allá. El razonaba a partir de lo que le había dicho Rosanna: había sido un accidente (pero eso era obvio) y si hubiera habido premeditación, Antonio descuartizaría el cuerpo para esparcirlo a la buena de Dios, pero si no la había, entonces el descuartizamiento era sólo un acto impulsivo, o tal vez se debía a que no podía sacar el cadáver entero de donde la había asesinado.

Esto último le pareció lo más probable. Recordó el largo rato que estuvo el coche estacionado aquella noche, y dedujo que era todo el cuerpo el que iba en la cajuela. Antonio debió hacer varios viajes desde el camino hasta el lago para transportarlo ("Debió usar una linterna", pensó. El no la había visto en la espesura). Si era así, la cabeza y el resto del cuerpo estaban allí, escondidos a pocos metros entre sí.

Convenía que los encontrara y los reuniera.

Pero además, otro detalle lo molestaba: la chica de la foto era morena como Rosanna, y él se había hecho a la idea de que era rubia. ¿Qué le había hecho pensar eso? La mano, claro. Era una mano pálida, casi transparente.

"Como cualquier mano de muerto", se dijo.

Sin embargo, resolvió cerciorarse, y, si no encontraba la cabeza, al menos verificaría eso. Comenzó a atravesar la primera franja de maleza, cuando de pronto algo se movió a su derecha, entre los arbustos. Metió la mano en el bolso y sujetó la culata del revólver. "¡Quién está ahí!", gritó. Alcanzó a ver dos figuras humanas que desaparecían entre los árboles. Eran dos muchachos. Asustado, volvió sobre sus pasos, retomó el camino de balastro, no sin mirar varias veces hacia atrás. No vio nada.

–Qué raro, tan temprano –fue el comentario del sereno al verlo. No contestó nada y se metió en su casilla. A unos metros los peones terminaban de cargar la chatarra en el camión.

–Hizo bien en no matar al gatito –dijo el sereno más tarde–. Se ha recuperado. Ahora camina bastante bien.

El vigilante miró en la dirección que le señalaba el viejo: el gato se arrastraba sobre su anca derecha, y su piel estaba abierta en los lugares donde saltaban los huesos. Se veían las moscas bordeando las heridas.

–Está podrido –fue todo lo que respondió.

***

A la medianoche no soportó más. Volvió a llamar. De nuevo atendió Rosanna.

–¿Con quién estás? –preguntó sin saludar. Rosanna debió tardar en reconocer la voz, pues demoró la respuesta.

–Con mi novio. ¿Está contento?

El se mordió el labio. Luego habló:

–Tengo que hablar con vos.

–¿Y desde cuándo me avisa? Venga para acá. Total ya sabe donde vivo, ¿no?

–Me enferma ir a tu casa. Te espero mañana a las tres, en Dieciocho y Arenal.

Al otro día, a las tres de la tarde, en esa esquina, el vigilante Villanueva se sentía extraño. Hacía tiempo que no esperaba a una mujer en una esquina. Casi sonrió por lo irónico del asunto. Pensándolo bien, sentía cierto placer hablando con Rosanna. Ella fue puntual, y se preguntó si lo sería tanto con su novio.

Se lo preguntó a ella. Rosanna hizo una mueca de fastidio.

–Mejor vamos al grano –dijo.

–No acá –respondió él–. Vamos a un bar, no me gusta hablar en la calle.

–Y a mí no me gusta hablar en un bar. ¿Por qué no me invita a su casa?

El la miró, sorprendido.

–Vivo en una pensión.

–¿Es muy lejos?

–No.

–Entonces, lléveme ahí. ¿O le da vergüenza que lo vean conmigo?

Caminaron por las transitadas calles del Cordón. A esa hora la gente se agolpaba en la entrada de las oficinas y muchos estudiantes iban o venían de las facultades y escuelas cercanas. Se hacía difícil caminar sin llevarse a alguien por delante o sin romperse las suelas entre las baldosas sueltas.

–Tu padre sigue sin dar la cara. Prefiero hablar con él.

–Y yo prefiero que hable conmigo.

–¿Tu padre es siempre así?

–Así, ¿cómo?

–Si siempre se deja manejar por mujeres.

Ella apretó los labios.

–Soy su hija.

–¿Y tu madre?

–Ella era la dueña de todo lo que tiene mi padre. Ella se aprovechaba de eso para humillarlo, hasta que se divorciaron.

–Gracias a tu amiga Natalia, me imagino.

Rosanna se detuvo. Faltaba media cuadra para llegar a la pensión.

–No hable más de ella.

El se encogió de hombros.

–Como quieras.

No había nadie en la entrada y en los pasillos de la vieja y húmeda casona. Tan sólo las voces de los televisores los acompañaron por la escalera hasta el altillo. El vigilante abrió la puerta y cedió el paso a Rosanna, que dudó un momento antes de entrar.

–Ponéte cómoda –le dijo.

Ella miró alrededor. La única silla estaba ocupada por la ropa del uniforme. El único lugar disponible era en la cama.

–Estoy bien así.

–Como quieras –dijo él, sentándose en la cama.

–Usted es guardia de seguridad –señaló Rosanna mirando el uniforme.

–¿Y?

–Ahora sé por qué pudo ver el auto cuando mi padre fue al Paso Carrasco. Usted debe hacer guardia en algún lugar por allí, de noche. Eso no me lo había dicho.

–No, no te lo había dicho.

–Me pregunto si es verdad que se llama Villanueva.

–Yo nunca miento.

–Es una mala costumbre. Dígame, ¿tiene un arma?

El vigilante se levantó y extrajo el revólver del bolso, haciéndolo girar en su dedo. Ella dio un paso atrás.

–No estará cargado, ¿verdad?

–Siempre está cargado.

–Guárdelo.

–Escuche –continuó ella después–. No tengo mucho tiempo para hablar. Pero creo que toda esta historia ha sido un error.

Y como él no dijo nada, siguió:

–La madre de Natalia me llamó. Está preocupada por ella.

–Es lógico.

–Pero, ¿de dónde sacó usted que ella está muerta?

El vigilante arrugó el ceño. ¿Le estaba tomando el pelo?

–Pues si tu amiga está bien, no debe estar bailando, precisamente. Le falta una pierna, un brazo y algunas otras cosas.

Ella palideció. Se sentó, ahora sí, en la cama, a su lado.

–No es ella.

–¿Cómo que no es ella?

–Usted vio el auto de mi padre en algún lugar de Paso Carrasco, y después encontró eso que me dijo, en ese mismo lugar. ¿Es así? Aquella vez que nos vimos en el bar, cuando usted de repente me habló de un asesinato, yo no sabía nada, porque mi padre sólo me había dicho que usted le había pedido plata. Cuando usted me dijo que lo había visto en Paso Carrasco, me imaginé que era algo que tenía que ver con Natalia, porque ella vivía ahí. ¿Entiende?

–No –respondió el vigilante–. No entiendo nada.

–Usted me habló de un asesinato, y yo hacía días que no veía a Natalia. Ella era algo más que la amiga de mi padre, era su mano derecha, su consejera, su apoyo, pero también era frecuente que discutieran. Yo creí que él la había matado y no me lo decía.

–Ah. Y ahora no lo creés.

–Natalia está en Buenos Aires. Le mandó una carta a una señora amiga de ella, antes de irse.

El se levantó, enfurecido.

–¿Vos qué creés? ¿Que soy tu padre, que a mí me vas a engañar como esa puta engañó a tu padre?

Ella negó con la cabeza.

–Hoy le pregunté a mi padre si era verdad que la había matado. Casi le da un infarto. Después se rió. No la mató, ni nada que se le parezca.

–Ah, sí. ¿Y qué andaba haciendo por Paso Carrasco? ¿Y por qué aceptó darme plata?

–Escuche, mi padre, ya le dije, hace importaciones de Argentina. La verdad, hizo algunos negocios turbios, bueno, ilegales. Temió que fuera por eso que usted lo chantajeaba.

–¿Qué negocios?

–¿Quiere que se lo diga, a ver si ahora nos chantajea en serio? Ni loca. Confórmese con saber que él no mató a nadie.

El vigilante la miró con seriedad. Después se rió.

–No tenés imaginación para mentir. ¿Por qué no probás con otra cosa?

–No sé cuándo se me hace más odioso. Si cuando está serio o cuando se ríe. Está bien, mi padre hizo un arreglo con unos tipos para pasar unos repuestos de computadora de contrabando. El no lo sabía, pero parece que eran robados. La joda fue que en Argentina descubrieron eso, y él se asustó y la última partida la escondió. Eso fue lo que usted vio, creo.

El vigilante pensó. Rosanna no lo miraba.

–¿Y qué pasa –preguntó– si llamo a la policía y les digo del fiambre?

–Por mí... De paso, dígales que averigüen por Natalia, que vean si es o no verdad lo que le digo: que ella le escribió a esa señora hace pocos días. Es la encargada de la pensión en que vivió cuando vino de Pando, después de separarse de la familia. Esa señora fue como una segunda madre para ella. Natalia siempre me lo decía. Le dejo el nombre y la dirección.

Escribió algo en un papelito. Luego se levantó y fue hacia

la puerta.

–Y por favor –dijo antes de salir–, limpie un poco esto. Da asco, igual que usted.

***

El vigilante pensó: podía decir a la policía del cadáver, pero tendría que explicar cómo lo había encontrado, y si realmente era Natalia, entonces Rosanna lo descubriría. Mejor sería una llamada anónima, pero a la larga sería lo mismo. De pronto comprendió que haberse dejado convencer por Rosanna de llevarla a la pensión había sido un error. Ahora sí lo ubicarían.

¿Sería posible que ella fuera tan astuta? Todo había parecido muy casual, pero el vigilante sentía una punzada molesta en sus sienes y una sensación no por antigua más conocida. Una sensación que durante muchos años había ocultado bajo mil capas de indiferencia, y que se manifestaba como un peso en el esternón. Era –pero él nunca lo hubiera reconocido– algo así como miedo.

Trató de razonar. Partió de la base, así como se lo habían enseñado, y resolvió suponer que, efectivamente, la actitud de Rosanna revelaba estudio y cuidado ("¿podía ser una mujer tan inteligente?", se preguntó). Si era así, y si efectivamente intentaba salvar a su padre del crimen que había cometido (si es que lo había cometido realmente; él comenzaba a tener dudas, sobre todo recordando la figura patética de Antonio) ¿por qué le daba con tanta seguridad la dirección de quien fácilmente podía revelar sus mentiras? El vigilante, mirando la gélida llovizna que nublaba el cristal de su caseta, sonrió con el calor de una intuición: ella jugaba con su miedo. Si Natalia había sido asesinada, y él andaba por ahí preguntando por ella, atraería la atención de la policía en cuanto se pusiera a investigar el cri-

men una vez descubierto. Si Rosanna había pensado así, entonces era lógico que ella hubiese planeado de antemano que él la llevara a su casa, tal vez especulando que ningún hombre dejaría pasar la posibilidad de cruzar frente a sus vecinos acompañado de una mujer joven y bella ("y no se equivocó", tuvo que reconocer). En todo caso, había que reconocer que era inteligente, pues había sacado recursos de sus debilidades. Tal vez en ese momento ella estaría en su cama, sola o acompañada, riéndose de su imbecilidad.

Lanzó un súbito puñetazo a la puerta de la cabina, que resonó con estrépito.

–Yo te voy a enseñar –musitó en la oscuridad, con voz ronca de ira.

Un lejano maullido le contestó bajo el canto de la lluvia. El vigilante sonrió.

***

Recién se levantaba. Apenas terminaba de ajustarse la corbata del uniforme cuando golpearon la puerta del altillo. La encargada le dijo escuetamente: "una muchacha lo busca" y él no pudo contestar porque la mencionada muchacha subía decididamente los escalones de madera vieja, haciéndolos sonar con sus tacos.

–No puede pasar a la habitación –quiso interponerse la vieja.

–Soy la hermana –dijo Rosanna, y entró.

El vigilante cerró la puerta ante la atónita nariz de la encargada. Rosanna ni siquiera intentó sentarse –estaba todo revuelto, y la cama deshecha– pero se apoyó en la mesa.

–Con el uniforme –le dijo casi sonriendo– parece un ser humano.

El no dijo nada y terminó de peinarse, dándole la espalda.

–Vine a tranquilizarlo del todo. Recibí carta de Natalia. Está en Buenos Aires.

Le alargó un papel doblado por la mitad y un sobre. Villanueva los miró con desconfianza. El sobre tenía el nombre y la dirección escritos a máquina, y estaba dirigido a Antonio, no a Rosanna. El matasellos indicaba que había sido enviada desde Argentina tres días atrás.

–¿Lo ve?

–¿Cómo sabés que es de Natalia?

–Porque ella la firma, claro.

Dejó de lado sus pruritos y se sentó en la cama, mientras él leía.

"Querido Antonio:

Supongo que estarás muy preocupado por mi ausencia.

Perdonáme, pero no me animé a hablar con vos directamente.

No sé si Rosanna te contó que nos volvimos a pelear (espero que ustedes dos se hayan reconciliado).

Lo cierto es que después de eso decidí que era mejor que me fuera. No es que haya dejado de quererte, lo que pasa es que me siento muy mal pensando que tal vez yo soy culpable de que tu matrimonio y tu familia se destruyeran. Lo mismo con Rosanna. Yo nunca tuve una amiga como ella, y ahora no me puede ni ver. Ustedes, antes de que yo llegara, eran una familia como la que yo siempre hubiera querido tener. ¿Qué derecho tengo a seguir al medio? Me vine a Buenos Aires a empezar una nueva vida, y espero que ustedes puedan volver a estar tan unidos como siempre."

Seguía todo el resto escrito con la misma letra infantil y nerviosa. El vigilante se cansó de leer y dejó el sobre y la carta sobre la mesa de luz.

–¿Y bien? –preguntó Rosanna.

–Bien, ¿qué?

–¿Se convenció? Natalia está bien.

–Y vos estás muy contenta.

–Claro que sí. Eramos muy amigas. Y a pesar de todo lo que pasó, todavía podemos serlo. Creo que voy a ir a verla para hacer las paces. Y mi padre también va a ir, porque sigue enamorado de ella. El no ha leído la carta, porque no estaba cuando la recibí, pero esta noche se la voy a dar. ¿Sabe? Le confieso que usted tenía razón en algo: yo estaba celosa, y aparte pensé que ella quería aprovecharse de él. Pero ahora veo que no. Y si se quieren, bueno, que se quieran.

–¿A pesar de los veinticinco años de diferencia?

–Sí –y después de una pausa, preguntó–: ¿Usted cuántos tiene?

–Demasiados para vos.

Ella sonrió, divertida.

–¿Cree que le di filo? No, por Dios. Me enojaría si no estuviera tan contenta. Pero tampoco es tan viejo. ¿Treinta y cinco?

–Más o menos.

–Da lo mismo. Usted nació viejo. Pero está bien, no me diga nada. Ahora me voy.

–Hay un problema.

Ella lo miró interrogante.

–Hay una muerta enterrada en Paso Carrasco. ¿Qué hacemos con ella?

–Yo que usted, iría a la Policía y le avisaría.

–¿Y si es Natalia?

–Ah, de vuelta con lo mismo. Me voy, déme la carta.

–Perdonáme, pero, dadas las circunstancias, prefiero quedarme con ella. Podés venir a buscarla mañana.

Rosanna quedó con la mano extendida. Se puso seria, pero no dijo nada.

–Haga como quiera –concluyó.

Iba a levantarse, pero el vigilante la detuvo con un gesto.

–Hay algo que no me gusta de todo esto. Algo que huele mal.

–No me extraña, se debe oler usted mismo.

–¿Te parezco malo?

–No, para nada.

–Pero puedo ser muy malo.

Ella se alzó de hombros.

–Vos hace unos días –continuó él– me dijiste que quería destruir. Tal vez, pero más que nada lo que quiero es saber. Saber la verdad, no me preguntés por qué. Y es eso lo que destruye, porque la verdad hace salir la mierda a la superficie.

–Y a usted le encanta ver mierda, ¿no es cierto?

–¿Por qué sos tan mal educada? ¿Nunca oíste decir que la verdad nos hace libres?

Rosanna arrugó la boca con desprecio.

–La verdad nunca hace libre a nadie. Cuando mucho, puede hacer reír.

El vigilante se sentó en la cama, casi rozándola.

–Te voy a contar algo: hace tiempo conocí a una tipa como vos. Parecía muy fuerte. Era una flaca que estudiaba Medicina. Yo recién entraba en la Policía. La arrestaron por bolche, y me acuerdo que pasaron toda una noche interrogándola, y no hubo manera de que soltara nada. El que estaba a cargo ya quería manotear la picana. Pero yo le dije que me dejara a mí. Y la convencí.

–¿De qué la convenció?

–De que dijera los nombres de los otros bolches que conocía. Ella era muy dura, yo me di cuenta de que ella se sentía orgullosa de ser tan dura, así que empecé a hablarle de cualquier cosa. Yo era un agente común y corriente, y no sospechó nada. Se sintió bien hablando conmigo. Hasta tomamos mate

juntos.

–Me imagino lo bien que se habrán sentido.

–Al final estaba cansada. Me contó de lo sola que se sentía, de su pelea con un novio que había tenido. Me imaginé que el novio era de la célula, así que empecé a tirar el hilo por ahí, con cuidado, porque era muy inteligente.

–¿Y terminó contándole todo?

–No enseguida, al cabo de muchas horas sí. Agarramos a unos cuantos. A ella la dejaron en libertad después de un tiempo, y nos seguimos viendo. Incluso nos siguió pasando información durante un tiempo, y hasta salimos juntos. Después se suicidó.

Rosanna quedó pálida.

–Eso es lo que veo de la gente –siguió el vigilante –. Todo el mundo se hace el fuerte, pero al final se quiebra. También te vas a quebrar vos.

Ella permaneció en silencio unos momentos más. Después rió con ganas.

–Creo –dijo– que el que se va a quebrar es usted.

Se levantó y fue hacia la puerta.

–Yo no tengo por qué suicidarme –exclamó antes de cerrar– y si lo tuviera, tampoco lo haría. Si me quiere ver muerta, me va a tener que matar usted.

***

La pensión era igual a todas las pensiones que el vigilante conocía: una puerta, un corredor (o una escalera que ascendía al segundo piso), un patio cubierto por una claraboya (o a veces sin claraboya), un racimo de piezas a su alrededor, que muchas veces se subdividían por tabiques como un organismo celular que tuviera que reproducirse hacia adentro, un patio al fondo (o si no una azotea) con tres o cuatro piletas y una docena de cuerdas para colgar ropa, todo eso cruzado y vuelto a cruzar por mujeres y hombres que llevaban palanganas con ropa húmeda y cacerolas y sartenes de un lado a otro. El vigilante se sentó a esperar a la encargada –a la que una mujer con las piernas debilitadas por la artritis había ido a buscar– en un desvencijado sofá del patio central. Los habitantes de la pensión pasaban a su lado mirándolo con indiferencia. Tal vez ni siquiera se conocían bien entre ellos.

La encargada apareció observándolo con desconfianza. Escuchó sus preguntas con extrañeza, pareció buscar en su memoria.

–La recuerdo –dijo–, pero ella ya no vive aquí desde hace un año.

–Ya lo sé –repuso el vigilante–, pero ella le escribió hace poco, ¿no?

La mujer lo miró impasible.

–¿Usted quién es? –preguntó de repente.

El pensó un momento. ¿Mentiría?

–Me llamo Villanueva –respondió–, soy amigo de Natalia.

–Ya lo veo –dijo ella con una mueca indefinible–. Sí, ella tenía muchos amigos.

–¿Qué quiere decir?

–Nada. Me escribió, sí. Hace cinco o seis días. ¿Usted cómo lo sabe?

–Me lo dijo una amiga de ella, Rosanna.

–Ah, sí, me llamó por si sabía algo de ella. Es raro.

No dijo nada más. Y el vigilante, que esperaba que continuara, se sintió molesto.

–¿Tiene la carta? –preguntó al fin.

–¿Para que la quiere?

–La familia está preocupada por ella. Quiere saber dónde está.

La mención a la sagrada familia tranquilizó los escrúpulos

morales de la encargada que, sin embargo, no se mostró más dispuesta a colaborar.

–Supongo –dijo– que si ella quisiera comunicarse con la familia, les escribiría.

–Yo supongo lo mismo. Pero tratándose de Natalia –arriesgó– no es fácil saber lo que quiere, ¿no? Usted la conoció, sabe que es así.

–Así es toda la gente.

"Vieja arpía", dijo para sí el vigilante, que había confiado en que su invocación a la amistad la ablandara. Pero luego, otro pensamiento se superpuso a su irritación: ¿por qué era tan reacia a hablar de Natalia? Decidió dejarse de vueltas.

–De acuerdo –dijo–, soy yo el que quiere saber dónde está Natalia. ¿Quiere que le explique por qué?

Una leve sonrisa de triunfo asomó a los labios de la encargada, y el vigilante tuvo que reprimir la suya, adoptando un aspecto cohibido.

–Me lo imaginé –dijo la mujer–. Déjeme que le dé un consejo: olvídese de ella.

–¿Por qué? –preguntó él, ahora sorprendido en serio.

–Natalia es un encanto –explicó la otra–. Pero esconde una uña afilada en su cabeza. Ha pasado mucha gente por acá. Mírelos, usted los ve. Toda esa gente que se amontona acá, no tiene otro destino que sobrevivir, y es eso lo que los hace continuar. Todas son buenas personas. Todas serían capaces de cuidarla a una si una se enferma. De dar lo poco que tienen, si es necesario, por una.

Le indicó que la siguiera a una de las piezas, que estaba desocupada.

–Pero déles una sola posibilidad de salir de esto, y venderían a su madre.

El vigilante rió.

–Por suerte –continuó ella– la mayoría no tiene esa posibilidad. Eso los hace ser buena gente.

–Ya entiendo –exclamó el vigilante, que veía hacia dónde iba la otra–, pero Natalia sí la tenía.

La mujer asintió, y le pidió que esperara un momento allí. Salió y al cabo de unos minutos regresó con un papel en la mano.

–Esta es la carta que usted dice.

El vigilante la leyó. No decía nada importante, sólo que se iba a Buenos Aires, que con los preparativos del viaje no tenía tiempo de irse a despedir, pero que la saludaba y le deseaba buena suerte.

–Ni siquiera llamó por teléfono desde que se fue. No entiendo qué le dio por escribirme ahora.

El vigilante no le prestó atención. Extrajo la carta que le había dado Rosanna y comparó las letras. Parecían ser iguales.

–Esta es la pieza donde vivía ella. Nunca la vi comer más que un plato de arroz o un churrasco.

–¿No tenía trabajo?

–Si hubiera sido una gurisa normal, hubiera conseguido trabajo de promotora o en una fábrica. Ahora que lo recuerdo, llegó a trabajar en algo de eso, pero poco tiempo. Decía que eso no era para ella, que si seguía en eso iba a terminar envejeciendo ahí. Que ella quería un futuro.

–Es lo que dicen todos –dijo el vigilante, devolviéndole el papel. Y cuando ya salía por el corredor, preguntó–: ¿Cuándo llegó la carta? ¿Cinco días, me dijo?

–Cinco o seis, más bien. La trajo un muchacho que vivió acá también.

–¿Cómo? –el vigilante se entreparó–, ¿no vino por correo?

–No. La trajo ese muchacho que le digo. Es un gurí del interior, muy buen muchacho. Lástima que medio bobo.

El vigilante asintió.

–Una vez –terminó de explicar la mujer– le robaron la plata a un jubilado que vivía acá. Yo estoy segura que fue Natalia. Debía tres meses de pensión, y el dueño quería echarla. Al otro día del robo pagó. Yo estuve segura que era ella.

Llegaban a la puerta, y al abrirla la mujer agregó con acritud:

–Ella se puso a llorar y dijo que yo era injusta. La iba a denunciar, pero ese muchacho apareció de tarde y dijo que había sido él.

–¿Por qué hizo eso?

–¿A usted por qué le parece que lo haría? Ya le dije que era, y es, bobo. Yo lo convencí al dueño que no lo denunciara, porque sabía que él no era. Pero tuvo que comprometerse a devolver la plata. Y la devolvió. Hizo horas extras por tres meses. Natalia siguió acá un tiempo y yo no veía la hora de Dios en que se fuera. ¿Sabe? Tenía miedo que entrara de noche a mi cuarto y me arrancara los ojos.

El vigilante salió.

–Tenga cuidado –volvió a decirle la encargada–. Natalia es una tipa mala, pero es un encanto. Convence a cualquiera.

***

Confundido, sin saber qué pensar, el vigilante no tomó el ómnibus enseguida, sino que se fue caminando lentamente. Pensó en ir hasta la casa de Minas y Durazno, pero desistió. En unos minutos debería marchar a tomar la guardia, igual que todos los días. Sacó del bolso la libreta y comprobó con asombro que aún había ciento setenta y dos anotaciones.

Desde la madrugada en que vio por primera vez el Chevette blanco, no había anotado nada más. Tal vez esa noche volviera a hacerlo, pensó.

Pero pasó toda la noche y no había anotado nada. Eran

más de las seis. El sereno renunció a preguntarle por qué no se iba, y si lo hubiera hecho él no le hubiera contestado, pero esta vez porque él mismo no sabía la respuesta. Se había quedado allí, en la caseta, limpiando su revólver. Dejó las balas en la mesita, cuidando que formaran un cuadrado perfecto, pero siendo doce balas tuvo que ponerlas en tres filas de cuatro. Se quedó cavilando que para que el cuadrado fuera perfecto tendrían que ser dieciséis.

–¡Al diablo! –exclamó de pronto.

Continuó limpiando el revólver, pero el sereno lo interrumpió al entrar apresuradamente, con el rostro congestionado.

–Venga, venga rápido –le dijo.

Lo condujo a una de las esquinas de la planta. El vigilante lo seguía sin comprender, hasta que al fin el viejo le indicó algo, entre las cajas de madera y los fierros. Era el gato, que caminaba arrastrando la pata rota y lanzando lastimeros maullidos.

–Veo que está mejor –dijo el vigilante–. ¿Todavía quiere que lo mate?

–Por Dios, mire.

El vigilante miró, y de pronto sintió un escalofrío correrle por la espalda. El gato tenía los ojos en blanco, y caminaba en círculos, lentamente, sin detenerse, maullando.

–Está loco –musitó el sereno–. Está loco. Por mi madre, que nunca vi un gato loco. Mátelo, por lo que más quiera.

El vigilante sintió que el gato lo miraba, aunque ya no podía ver.

–Una bala alcanza. Yo se la pago.

–No –respondió él.

–¿No?

–Déjelo vivir.

–Eso no es vivir –dijo el viejo–, ese gato gira como obsesionado alrededor de algo.

El vigilante no contestó. Corrió a su caseta, tomó el revólver, lo guardó en el bolso y se fue.

***

Se despertó sobresaltado. Estaba soñando, y en su sueño soñó que no tenía ojos. Tardó en comprender que veía, pero aun así, asustado, fue a mirarse al espejo. Aunque vio sus ojos en su lugar habitual, demoró en calmarse. El agua fría con que se mojó el pelo y la cara disolvió las dudas, pero de todos modos no sentía hambre, y decidió salir para su trabajo. Ya preparaba el bolso cuando golpearon la puerta. Era Rosanna.

–La encargada me dijo que mi hermano estaba durmiendo –y sonreía al decirlo–, pero igual me dejó pasar.

El vigilante pensó un momento. Luego tomó las cosas que había sobre la silla y las dejó en la cama.

–Sentáte.

–Qué amable. ¿Todavía quiere que me mate?

El vigilante sonrió, a su pesar.

–No es casado, ¿no?

–¿Se nota mucho?

–Siempre tan irónico. Me pregunto por qué. Todos estos días he pensado mucho en usted. Bueno, más bien que no he tenido más remedio. Pero me dije: un tipo como usted está tan vacío que no puede ser realmente malo. Pensé en la historia que me contó, de esa muchacha que salía con usted, la que se mató.

El ponía agua a calentar en ese momento.

–¿Tomás mate?

–Bueno. –Y después–: Está muy solo, ¿no?

–Igual que vos.

–Pero yo tengo esperanza.

–Sí –contestó el vigilante–, eso es lo que tiene todo el mundo: una ilusión.

–¿Y cuál es la suya?

–Ninguna.

–Eso es lo que lo hace sentir distinto. No cree en nada. Pero se equivoca. Usted cree que no cree. Sin embargo, es de lo más ingenuo.

La miró. La piel color oliva parecía un mar en calma.

–Decíme vos, entonces, en qué creo.

–Ah, yo no lo sé. ¿Por qué no me lo dice usted?

–Una vez mi padre me dijo: "nunca creas en nadie, y menos que en nadie, en los que te digan que no creas en nadie". Tenía razón.

–Si no cree en nadie, tampoco cree en usted. Somos bastante parecidos en el fondo.

–Ahora sos vos la que creés. Creés que me conocés.

–Eso es imposible. ¿Sabe? Conocer una persona es como pelar una cebolla. Una saca una capa y se encuentra con otra distinta, y después saca otra y otra, y en el caso de la cebolla al final una encuentra la cebolla, pero en el caso de la persona, después que saca la última capa, se queda sin nada. No somos más que las capas.

–Como los fantasmas.

Le dio un mate. Ella sorbió en silencio.

–Las cosas se están arreglando –dijo al devolvérselo–. Mi padre entregó la última partida del contrabando y se desentendió del asunto.

El vigilante frunció el ceño, súbitamente alarmado.

–¿Cómo? Me habías dicho que lo había enterrado.

–Sí. ¿Pero se acuerda cuando me llamó y me dijo que lo había visto con un paquete en Paso Carrasco? Yo se lo dije y él fue a buscarlo. Se asombró mucho de encontrarlo en el mismo lugar donde lo había escondido, pero no me dijo nada. Lo guardó unos días en la maleta del coche hasta que pudo devolverlo.

El vigilante pensó. Recordó que había visto el coche blan-

co pasar una segunda vez por el camino.

–¿Dónde está tu padre?

–Se va a ir a Buenos Aires, a buscar a Natalia. Por eso vine. Si ya no precisa la carta de Natalia, me la llevo. El me la pidió.

–Y vos, ¿te vas a ir con él?

–Sí, creo que sí. ¿Me va a extrañar?

–Tal vez.

–No va a tener a quién hacerle la vida imposible.

–¿Eso es lo que pensás de mí? ¿Que me gusta hacer la vida imposible?

–No. Pienso que espera algo.

–Y vos me lo podés dar, ¿no?

Ella movió la cabeza con fastidio.

–¿Por qué es tan ganso? Hay cosas que para gente como usted son imposibles, como ser: amar. Olvídese de eso. En cambio, le puedo ofrecer mi amistad.

–¿Y para qué quiero tu amistad?

–Piénselo. Tendrá alguien que lo escuche. Eso es más de lo que tienen la mayoría de los seres humanos en este mundo. –Luego agregó–: Es más de lo que tengo yo.

El vigilante intentó escrutar sus ojos, pero ella miraba lejos.

–Estuve en la pensión en que vivió Natalia –dijo de pronto, y se quedó estudiando la expresión de la chica. Pero ella se limitó a elevar un poco las cejas.

–¿No me diga?

–Sí te digo.

–¿Y?

–Según la encargada, tu amiga es una arpía.

–Ah, ¿por qué dijo eso?

–Me contó una historia con un tipo. Le echó arriba un robo.

–Entiendo. Sí, conozco la historia, conozco al muchacho también. Fueron novios con Natalia, ¿sabe? Pero ella nunca se portó mal con él. Simplemente rompieron cuando... usted sabe, cuando mi padre.

–Tenía más plata, ¿no?

Ella suspiró.

–Eso pensé yo. Para decirle la verdad, lo pensé hasta ahora. Le digo más. Creo que en cierta medida es cierto, pero ahora la entiendo. ¿Usted sabe lo que es pasar hambre? ¿Usted sabe lo que es no tener nada? ¿Lo que se dice nada de nada? ¿Y que lo único que queda es esperar que vengan a sacarlo a patadas a la calle? Usted no lo sabe y yo tampoco. Pero si estuviera así yo haría cualquier cosa para salir.

–Te venderías.

Ella lo miró con rabia, pero luego bajó la cabeza.

–Sí –respondió–. Me vendería. Igual que lo hace casi todo el mundo.

–Yo no me vendo.

Ella alzó la cabeza y sonrió.

–Porque no tiene nada que vender. Pero quiero explicarle por qué cambié de opinión respecto a Natalia. Supongamos que es cierto que salió con mi padre para asegurarse la comida, y tal vez una vida cómoda. ¿Es eso tan malo? Fíjese que ella podría haber seguido saliendo a escondidas con ese muchacho. El pan y la torta. A ella él le gustaba, eso me consta. Cuando eligió a mi padre, renunció a algo que quería. Le debe haber dolido.

El vigilante tomó el mate, pensativo.

–Y ahora –siguió Rosanna– ya ve lo que hizo: sintió que no tenía derecho a eso y se fue. ¿Cómo la va a juzgar tan mal?

El vigilante se recostó hacia atrás apoyando su cabeza en la pared.

–Si no es Natalia, ¿quién es?

Rosanna se alzó de hombros.

–Hay algo que veo en usted. Me ha costado comprenderlo: usted encuentra los restos de un ser humano tirados por ahí, y en vez de sentir horror y correr a buscar la policía, se dedica a perseguir a gente que no conoce, a meterse en su vida. ¿Por qué lo hace? No me diga que es por la plata. Mire esto. Parece la celda de un monje. Usted no precisa plata, eso lo vi desde el principio. Pero entonces, ¿qué es lo que busca?

–Destruirlos ¿No era eso?

La sonrisa de Rosanna se extendió de pronto alumbrando la triste habitación. Cruzó sus piernas y se inclinó hacia adelante.

–Claro. Pero, ¿por qué?

El vigilante pensó. No lo sabía. Rosanna miró el reloj.

–Se me hace tarde. Debo irme. ¿Me da la carta?

–¿Para qué la quiere tu padre?

–Es la carta de la mujer que ama. ¿Puede llegar a comprender eso?

El vigilante dejó el mate sobre la mesa.

–No la tengo acá –dijo–, te la doy mañana.

–¿Seguro?

–Si digo que te la doy mañana, te la doy mañana.

–¿Me va a esperar con el mate?

Hubo de sonreír. Ella se puso el abrigo, y él, cediendo a un súbito impulso la acompañó hasta la puerta, ante la mirada interesada de los vecinos.

–En todos lados es igual –comentó ella con burla, y cuando él le abría la puerta, le dijo–: Si quiere, le dejo darme un beso. Así se mueren de envidia.

El quedó sorprendido y antes de que pudiera contestar sí o no, ella se escapó dejando a su paso su sonrisa y un ademán de despedida.

***

El frío había cedido de pronto. El viento otoñal había sido sustituido por una leve brisa que traía desde el norte olores de maderas tropicales y presagios de lluvia. El vigilante, con su linterna en la mano, escrutaba la oscuridad que ocultaba el sitio en que unas semanas antes había visto estacionar el Chevette blanco. En su caseta dormían su mate, su termo y su libreta con las ciento setenta y dos anotaciones. Pensó que debía hacer una recorrida. Miró la silueta muerta de la fábrica y los hierros lo miraron con asombro. Se sentía cansado. Había sido sólo un capricho no entregarle la carta a Rosanna. Rosanna se iría en pocos días. ¿Por qué no se la había dado? Las cosas más absurdas que hacemos son las que constituyen nuestra esencia. ¿Acaso quería obligarla a regresar por última vez? No, se respondió. La razón era que quería buscar de una vez por todas la cabeza de la mujer asesinada, para salir definitivamente de dudas. Pero a esa altura, si la cabeza estaba allí, debería estar carcomida por los gusanos y las hormigas. ¿De qué le serviría?

Cabizbajo, llenos los pulmones del aire de esa extraña primavera, regresó a su caseta, olvidando la recorrida. Dejó la puerta abierta y se quedó sentado a oscuras, pensando. De pronto sintió que alguien lo miraba. Sobresaltado, se volvió.

Era el gato. Estaba quieto, frente a la puerta, con los ojos fijos en él.

–Ah –dijo el vigilante, tranquilizado–. Sos vos. ¿Se te pasó la locura?

El gato no se movió. El vigilante dejó de prestarle atención. Pero al cabo de unos minutos, lo miró de nuevo. El animal no se había movido un centímetro.

–¿Qué querés? –le preguntó.

Sintió un leve escalofrío correrle por la espalda, al ver que los ojos fosforescentes estaban muertos. No lo miraban a él. Simplemente no miraban nada.

–¡Fuera! –gritó

El gato siguió petrificado.

–No me mirés. ¿Querés que te meta una bala en la cabeza? ¿Eso es lo que querés?

Fue inútil. No se movía. Intentó no darle importancia. Sacó las balas del tambor y las dispuso en la mesa, jugando con ellas a formar el cuadrado.

–Ya no me tenés miedo. Ya no te importa que te mate. Te felicito. Ojalá a mí tampoco me importara.

Y rato más tarde, cuando el sol amenazaba despuntar y ya se había aburrido de las balas y los cuadrados:

–Me odiás ¿No es eso? Está bien, podés odiarme todo lo que quieras.

Alguien golpeó la reja del portón. El vigilante se levantó sorprendido. Era el sereno. Cuando le abrió, este le preguntó si se sentía bien. Le había parecido oírlo hablar solo.

–Estaba espantando ese gato –explicó el vigilante, molesto.

–¿Donde está?

Miró hacia la caseta. El animal había desaparecido.

***

Se levantó al mediodía. Fue al supermercado, compró harina, carne picada y pasas de uva. Pasó una o dos horas fritando empanadas. A las tres arregló el cuarto lo mejor que pudo, pero luego se arrepintió y volvió a desordenarlo. A las cuatro puso el agua a calentar. A las cuatro y media comió una empanada. Ya se estaban enfriando. A las cinco se sentía nervioso. "Imbécil", se dijo.

A las cinco y cuarto escuchó el golpe de los tacones en los peldaños de la escalera. Se quedó quieto. Escuchó también los menudos golpes en la puerta. Aún esperó unos segundos antes

de abrir.

–Ah –dijo al ver a Rosanna–, sos vos.

–¿Ya se había olvidado? Iba a venir más temprano, pero estaba aprontando el bolso.

–¿Ya se van?

–Esta noche. Nos vamos juntos.

El vigilante asintió. Sacó las cosas que había dejado sobre la silla y le ofreció asiento. Ella se quitó el abrigo. Entonces quedaron en silencio.

–¿Ya se tiene que ir, no?

–Todavía no –mintió él–. ¿Querés empanadas? Me hice algunas para llevar al trabajo.

Ella aceptó una. Le dio una breve mordida con sus labios carnosos.

–Cocina muy bien. Ojalá yo supiera hacer cosas como estas.

–El pollo del otro día estaba muy bien, también.

–Sí, no me haga acordar.

–Estabas nerviosa.

–Más bien hubiera querido matarlo.

–¿Me odiás?

Ella demoró en contestar, masticando la carne.

–¿Eso le preocuparía?

–No.

–¿Entonces?

–Curiosidad.

–La verdad, no sé. Ya no sé qué pensar de usted.

–¿Por qué te interesa?

–Curiosidad.

El sonrió.

–No pensés nada. Es mejor.

–Sí –contestó ella–, pensar es malo para la salud.

De nuevo quedaron en silencio.

–¿Cuándo volvés? –preguntó él.

–Tal vez nunca.

–Está bien.

–¿No va a decir nada más?

–No.

–Si va a Buenos Aires algún día, prometa que me va a visitar.

–¿Para qué querés que te visite?

–Para que me haga otras empanadas.

Por tercera vez, se acabaron las palabras entre ellos.

–Bueno –dijo el vigilante al cabo de unos minutos–, ya tengo que irme.

–Sí. Yo también.

El la ayudó a ponerse el abrigo. Al hacerlo, pudo oler el perfume húmedo de su pelo.

–Tenemos que despedirnos ahora –dijo Rosanna–. Aunque no me lo crea, le deseo suerte.

–No te lo creo, pero gracias igual.

–Me olvidaba. Déme la carta, por favor, que le dije a mi padre que la había perdido.

El vigilante, con una terrible sensación de cansancio en la espalda, fue a la mesa de luz y, abriendo el cajón, extrajo la carta de Natalia con su sobre. Aún hubiera querido retener un segundo más a Rosanna, pero no sabía qué decir, ni siquiera quería volverse a mirarla. Se demoró tratando de introducir el papel en el sobre, mientras buscaba en el infinito laberinto de su mente algo que pudiera sonar a despedida. Se ponía torpe, se sentía mal, la carta se rebelaba y no quería entrar en el sobre. Se volvió por fin hacia ella y se los extendió así como estaban, disculpándose por eso. Ella rió, dijo que estaba bien, y ya extendía la mano para tomarlos cuando él los retiró de pronto.

–¿Qué pasa?– preguntó ella.

De pronto se había hecho luz en su cabeza.

Lentamente, el vigilante tomó el sobre con su mano derecha, y la carta misma con la izquierda. Luego puso una sobre el otro. La carta estaba doblada de tal forma, que se excedía en casi medio centímetro el ancho del sobre. Miró a Rosanna, que ya no reía.

–Puta de mierda –dijo con la lengua trancada de rabia–. Puta de mierda, casi me engañaste. Esta carta no vino en este sobre. No entra, ¿ves?, no entra.

–Sí, ya veo –replicó ella tartamudeando–. ¿Y qué hay con eso? Debe de haber estado doblada de otra manera.

–Minga. No estaba doblada de otra manera. Vos agarraste un sobre que Antonio había recibido desde Buenos Aires y se te ocurrió la idea. Solamente te olvidaste de meterla adentro.

–Pero, ¿de qué habla? No entiendo.

–Mandaste una carta a la pensión de Natalia, y después esta para mí.

Ella tuvo un instante de asombro. Después rió.

–Tiene mucha imaginación –dijo.

–No tanta como vos. Pero en todo caso, hay una forma de saberlo. Vamos a la Policía.

–Si va a la Policía –dijo ella con furia–, lo van a meter preso por ocultar un asesinato.

–Y vos vas a ir presa por cómplice de un homicidio.

Ella se sentó de nuevo. Pareció resignarse.

–Está bien. Voy a decir la verdad.

Hizo una pausa.

–Usted insistía tanto, y molestaba tanto a mi padre, que yo imité la letra de Natalia, pero ella está en Buenos Aires.

–¡Mierda! –gritó el vigilante–. ¿Pensás que soy estúpido?

–No pienso –respondió ella con frialdad–. Estoy segura de que es un estúpido.

Tomó su bolso y se puso junto a la puerta.

–¿No va a ir a la Policía? Lo llevo. Mi padre me prestó el auto.

Parecía tan segura que tuvo un momento de duda, pero decidió seguirle el juego. Tomó su campera del ropero y buscó con la vista el bolso. De pronto recordó que lo había dejado colgado en el respaldo de la silla. Fue tarde. Cuando se volvió, Rosanna lo apuntaba con su propia arma. No supo qué le dio más pavor, si ver volverse contra él el cañón de acero que tantas veces había limpiado, o ver los ojos impasibles de la muchacha.

–Me dio gusto conocerte –dijo ella sin temblar.

–Estás loca. Soltá eso.

–¿Por qué tenías que meterte? ¿Por qué?

–No podés tirar acá. ¿Cómo vas a salir después?

–Te lo cuento –replicó ella– cuando nos veamos en el infierno.

Apretó el gatillo. El vigilante alcanzó a cerrar los ojos.

***

El vigilante Villanueva se asombró, más tarde, de la cantidad de cosas que se pueden pensar en un momento como ese. La más extraña de todas fue pensar que estaba vivo. Tardó en descubrirlo, pero al abrir los ojos sólo vio a Rosanna gatillar una y otra vez con las manos crispadas un percutor que invariablemente golpeaba en el vacío.

–Parece –dijo secándose el sudor de la frente– que hoy olvidé cargarla.

El rostro de la muchacha estaba congestionado. Un demonio violento se había apoderado de su cuerpo. Le arrojó el revólver, que le rozó la cabeza y fue a hacer trizas el espejo. El avanzó hacia ella, que se arrojó a su cara blandiendo las afiladas uñas. El vigilante chilló al sentirlas clavarse en sus párpados. Dio un paso atrás, le lanzó un puñetazo que le dio en la boca. Ella cayó al suelo, entre los trozos de vidrio, y se puso a llorar.

–¡No me pegues en la boca! –gimió.

El la miró estupefacto. El largo pelo negro rodaba por las baldosas, junto con lágrimas blancas y gotas de sangre roja.

–No me pegues en la boca –repitió.

El vigilante se arrodilló junto a ella, restañándose las heridas.

–No llorés –le pidió–. Vamos, levantáte.

Una puntada feroz en la palma de la mano lo hizo erguirse de un salto. Apenas pudo ver la astilla de vidrio que ella le había enterrado con furia cuando la vio alzarse con un agudo pedazo de espejo que intentó hundirle en el pecho. El logró esquivarla, ella chillaba como una rata enjaulada, él la empujó violentamente contra la pared. Se escuchó un crujido extraño. Rosanna cayó al piso.

–Mierda –dijo el vigilante buscando la silla para sentarse–, casi me abrís las venas.

Apenas pudo contener el grito al arrancarse la astilla. Miró la herida, parecía profunda. Se la envolvió como pudo, con un pañuelo que enseguida se tiñó de rojo.

–Levantáte –le dijo a Rosanna–. Casi me jodés, ¿no? Vení, vamos a hablar. ¿Creés que no entiendo? Fue tu padre, ahora lo veo claro. ¿Por qué lo defendés tanto? –Se interrumpió para hacer un gesto de dolor–. Vos valés mucho más.

Ella, de espaldas en el piso, miraba las telarañas del cielo raso con los ojos muy abiertos.

–¿Rosanna?

El vigilante Villanueva, cansado y herido, comprendió que ya no tenía quien le escuchara.

***

Esperó que se hiciera de noche antes de bajar a la pieza del vecino. Este le hizo un gesto cómplice al verlo tan lastimado.

–Es brava esa mina –le susurró–. ¿Precisa ayuda?

–No. Preciso su serrucho.

–¿Mi serrucho?

–Sí. ¿No tiene uno?

Asombrado, el vecino regresó al interior de su pieza y regresó con el serrucho.

–Es para cortar las patas de una silla –explicó el vigilante.

***

Ella había dicho la verdad: encontró las llaves del auto en el abrigo y el auto en la esquina. Sobre las cinco de la mañana pudo cargar los paquetes sin ser visto. Mientras arrancaba, se le ocurrió que no conocía ningún lugar seguro donde esconderlos.

Salvo el que ya conocía.

De lejos vio al guardia que lo había suplantado esa noche. Era su primera falta en los seis años que llevaba en la empresa. Por suerte, su suplente no se tomaba las cosas tan en serio como él: ni siquiera levantó los ojos de la revista que leía cuando cruzó con el coche frente a la fábrica.

A las seis de la mañana estaba lo suficientemente claro como para terminar el arduo trabajo. Sin poder usar la mano izquierda, que sentía dolorida y agarrotada, escarbó como pudo en la arena y ocultó los paquetes más chicos, pero el más grande no entraba, y ya escuchaba voces lejanas transitando por el camino. Decidió buscar el otro bulto. Estaba bien oculto, sin duda, pues a él mismo le costó ubicar la sábana blanca que ya tenía olor a podrido. Dejó el paquete a un lado y comenzó a cortar, con su única mano disponible, unas ramas de los arbustos cercanos.

Un maullido siniestro le cortó la respiración.

A su espalda, un gato lleno de heridas engangrenadas trazaba un círculo alrededor de un bulto. Era una calavera en cuyas cuencas hervían los gusanos, apenas cubierta por un trozo de trapo pútrido, y en la que algunos pelos rubios insistían en pegarse al cráneo. El vigilante gritó, dio un paso atrás, tropezó y cayó sobre el torso ensangrentado de Rosanna. El gato se detuvo y lo miró con sus ojos muertos.

El vigilante, atravesado por el miedo, huyó hacia el auto.

***

Dejó el coche abandonado en cualquier sitio. Regresó a la pensión en ómnibus. Al llegar, se cruzó con una vecina que miró extrañada las magulladuras y cortes que tenía en su cara, pero no le preguntó nada. El fue a la sala y tomó el teléfono.

–¿Hola?– contestó la voz nerviosa de Antonio al cabo de unos momentos.

–Tu auto está tirado en General Flores y Propios –susurró–. Andá a buscarlo antes que te lo roben.

Iba a colgar cuando escuchó la pregunta.

–¿Dónde está Natalia?

Quedó sosteniendo el tubo en la mano. ¿Había escuchado mal?

–¿Dónde está Natalia? –volvió a preguntar el otro, con la voz alarmada.

–Donde está Rosanna, querés decir.

–Rosanna está en Buenos Aires. ¿Quién habla? ¿Usted es el que ha llamado otras veces? ¿Quién es?

–¿Cómo sabés que Rosanna está en Buenos Aires?

–Natalia me lo dijo. Ellas viven juntas. Pero, ¿quién es usted?

–Ella vive con vos. No mientas, ella vive con vos.

–No, por Dios, Natalia se está quedando conmigo unos días, hasta que Rosanna vuelva, porque no quiere quedarse sola en la casa de Paso Carrasco. Dígame, ¿ella está bien?

El vigilante colgó de un golpe. Le dolía todo el cuerpo, pero igual no se movió de la silla, pensando.

El teléfono sonó. Mecánicamente tomó el tubo.

–¿Diga?

–¿Villanueva?

–El mismo.

Nadie habló.

–¿Hola? –volvió a preguntar. Pasaron unos segundos antes de que escuchara de nuevo la voz desconocida.

–Te vi –oyó que dijeron–. Ayer te vi. Vi lo que hiciste.

–¿Quién habla?

Solo el ruido del auricular al ser colgado, y luego el tono opaco de la línea libre, que quedó sonando en su oído sin interrupción, indiferente. Interminable.

Montevideo, noviembre de 1995

LA MANCHA

Al principio pensé que era un manchón de tierra en el marco de la ventana. Pero era extraño. No debería haber tierra a esa altura y yo no recordaba haberla visto antes. No, cuando Ana me trajo a la cama y me arropó no estaba allí. Lo recuerdo bien porque miré a Ana cuando se iba, y a sus espaldas estaba la ventana. No había nada en el marco. ¿Qué era eso? Me daba miedo y pensé llamar a Ana con un grito. Pero Ana se enojaría. Ella es buena pero se enoja mucho, sobre todo cuando me hago pichí pero no es culpa mía pero no me animo a decirle que no cuando me reta. Ella me hace levantar y yo me quedo parado en un rincón mientras ella cambia las sábanas rezongando por lo bajo. Después me pone un calzoncillo limpio y yo me duermo reconfortado. Eso no se movía. Pero no era una mancha. Lo malo era que apenas se veía, porque Ana me apagó la luz y cerró la puerta. Por la rendija entraba un poco de luz del living, pero no alcanzaba. Ana estaba allí, leyendo o mirando tele. Se enojaría si me levantaba y prendía la luz. Mejor sería llamarla.

Estuve un rato pensando en eso. No se movía. Era una mancha. Cerré mis ojos y casi me dormí; de repente volvía a abrirlos. Me pareció que se había movido. Antes estaba más arriba.

O más abajo.

Ana apagó la luz del living y todo quedó completamente a oscuras. No estaba seguro de que la mancha se hubiera movido. Si se había movido podía moverse hasta el piso, atravesar la habitación y subir por las cobijas. Extendí la mano y recogí